

El día que me quieras

José Ignacio Cabrujas



Índice

Prólogo, Ibsen Martínez

Reparto

Canciones

Primer tiempo

Segundo tiempo

© Monte Ávila Latinoamericana, C.A., 1989
Apartado postal 70712, Caracas 1070, Venezuela

Prólogo

I

Vosotros, comunistas, os habéis
acostumbrado a exaltar sin amor,
a denigrar sin odio.

(Pier Paolo Pasolini, Las cenizas de Gramsci)

Dos observaciones disyuntas pretextan esta nota: a) Cabrujas estrena El día que me quieras hacia el final de una década cuyo paisaje moral estuvo —y no sólo entre nosotros: también en Europa— dominado por una desilusión política que no osaba decir su nombre.

b) Gente más docta que yo ha dictaminado que toda simbolización es arbitraria.

Ello debe ser cierto porque, puesto en el trance de proponer una imagería que dé cuenta cabal de aquellos años, ninguna me asalta más arbitrariamente que aquella fotografía de agencia noticiosa que nos entregó a Salvador Allende enfundado en un sweater de diseño ajedrezado bajo su austero traje de casimir, tocado con un casco de acero, empuñando un fusil de asalto AK 47 de fabricación soviética, mirando a lo alto, tratando de discernir al enemigo —¿aviones sublevados?, ¿algún francotirador sedicioso?—; en suma, acatando su destino de donoso utopista constitucional, de cortés redentor aventado a una arena de generales y de dólares, como un protomártir socialista echado a merced de los leones de un circo transnacional.

No hay, sin embargo, ultrajado asombro en su mirada; hay casi el alivio macabro de volver a topar, en el último minuto, con esa vieja magia negra latinoamericana que nos ha condenado a ser, desde los tiempos de la Malinche, el paraje del mundo donde mejor y más ruidosamente fracasan todas las hipótesis, donde se revienen todos los proyectos; desde el proyecto independentista, enciclopedista y liberal que —eso esperaba Bolívar— iba a hacer de nuestras naciones una vasta Pennsylvania andina y jefferssoniana hasta la quijotesca y viril proposición guevarista de sembrar en América Latina ´dos, tres, muchos Vietnams^a.

Los setenta fueron los años que agotaron todos los segundos alientos, todos los propósitos de enmienda del movimiento comunista internacional, todos sus esguinces tácticos y estratégicos, todos sus sicoanálisis en los que el diván era sustituido por el paredón de fusilamientos, todos sus gestos, todos sus designios y todas sus liturgias.

Aquella gran humanidad que había dicho ´¡basta!^a para ponerse en marcha, de que hablara el Che, no pudo cumplir la cuota demencial de 10 millones de toneladas de azúcar que Fidel Castro fijara como punto de honor de autarquía revolucionaria y antimperialista.

La victoria vietnamita sobre el Goliath estadounidense condujo de inmediato a las atrocidades genocidas de Pol Pot en Kampuchea.

Los mundanos, cartesianos dirigentes del occidentalísimo comunismo italiano no lograban hacer cuajar su retórica del ´no se alarmen: somos italianos antes que comunistas^a: los italianos les pagaban, elección tras elección, con la misma moneda de que hablaba Pasolini: exaltarlos sin amor y denigrarlos sin odio: los elegían para alcaldes de Bologna pero jamás para ocupar el Palazzo Quirinale en Roma. En Francia, el Secretario General del PC, Georges Marchais, cortejaba votos agitando la nada internacionalista bandera chauvinista.

El zar Leonid Brezhnev hacía aprobar ante el Soviet Supremo planes quinquenales de corrupción planificada y la condena de exilio interior y muerte civil para Andréi Sajárov.

Louis Althusser, notable filósofo francés que propugnaba la vuelta a las fuentes ´clásicas^a del marxismo y desechar toda exégesis, estrangulaba a su esposa al final de un turbio episodio académico...

Era la bajamar de las utopías.

¿Puede extrañar que muchos hayamos visto en El día que me quieras una acre transmutación de nuestras desazones militantes? Salvador Allende, el constitucionalista, topaba con la CIA y la ITT y con decenas de miles de cacerolas vacías.

De algún modo, en una operación actoral que ocurría cada noche en las tablas del Alberto de Paz y Mateos, nuestro correlato era Pío Miranda, charlatán, good-for-nothing que veía volatilizar su pueril patraña koljosiana y soviética ni siquiera a manos de Juan Vicente Gómez, el tirano insoslayable y omnímodo, sino por obra y gracia de la mera visita de Carlos Gardel, musical, galana y avasallante fantasmagoría propalada por la RCA Víctor.

II

Lo que llevo dicho quizá valga para la minoría que alguna vez militó en el empecinado y errático campo de la izquierda pero no alcanza a explicar el decidido fervor del público más tumultuoso y entusiasta con que un autor teatral haya podido contar entre nosotros.

Algún detractor quiso ver en la multitudinaria gravitación del público hispanoamericano en torno a El día que me quieras el resultado de una calculada operación de pesca de arrastre cuya red y motor fuera de borda vendría a ser la mítica, avasallante figura de Carlos Gardel.

Sería ocioso refutar esa mezquina impertinencia que deliberadamente finge ignorar un hecho poblacional incontestable: a buen seguro hay en el planeta muchísimos más gardelianos que comunistas.

Pero con todo y el cariz de excepcional idolatría que concita entre iberoamericanos la figura de Gardel, tengo para mí que la magia blanca de esta pieza está en su cualidad teatral de 'alucinación dirigida', para usar la expresión de Borges, de impecable reverie habitada por la familia Ancízar y en su chejoviana demografía de viudeces voluntariosas e impecunes noviazgos eternos.

A esa vida detenida y sin virtualidades, como la de esos insectos atrapados en un trozo de ámbar, llega Gardel y aroma para siempre la casa y las vidas de las Ancízar con la sola certidumbre de su existencia.

Esa certeza cancela el proyecto koljosiano de Pío Miranda que no ha sido más que una cobarde postergación, una patética engañifa que cobra la forma de un proyecto de vida sólo desplegable en el ámbito desprendido y noble —y remoto— de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Gardel, el triunfador cosmopolita jovial, es la donosa realización del que siempre hubo en él; las Ancízar, el simpatético espectador que es Plácido y el retórico Pío Miranda no han tenido ni siquiera destino que arrostrar: sueñan que viven, sonámbulos, bajo una dictadura sorda y muda.

Al cabo Gardel parte tras dejar sus señas postales y los Ancízar son de nuevo aventados a esta equivocación de la Historia. Pero Miranda se ha salvado al abjurar

de toda Arcadia filantrópica y futura, al acatar el mandato de ser, a su vez y por primera vez, el que siempre hubo en él: una herida viviente, aquí y ahora.

III

Así recordaba El día que me quieras, el acre barroquismo de su escritura, su estética de anacronismos deliberados y felices, la mirada compasiva, escéptica y jubilosa, a la vez que nos propone con envidiable maestría. Pero la perestroika y la debacle de las economías centralizadas del este de Europa, han venido a conferirle un cariz impensable hace una década.

Lo que pudo tener de blasfemo, provocador y partisano se ha volatilizado hasta hacerse parte del clima de ideas que ahora impera.

«¡No hay Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas!» ya no es una desgarrada insolencia de Pío Miranda, boyardo sangrante.

Su invocación de la vida koljosiana, de Romain Rolland, los kulaks y los emblemáticos tractores del trigo ucraniano tienen hoy, como nunca, toda la traza de una martingala engañosos.

Se nos ha hecho Pío, en suma, más arbitrariamente embustero en su condición de quien no sabe pagar los diezmos que harían de él un hombre con títulos para la vida. Por ello es más encarnizada su tragedia.

Ya no es dable a los críticos discernir tesis^a en ella; su asunto es, de ahora en adelante y con más nitidez que nunca, las indóciles, ecuménicas, carnales angustias humanas ventiladas por Cabrujas con airosa y airada impudicia.

Ibsen Martínez

Caracas, Julio 1990

Reparto

El día que me quieras se estrenó en el Teatro Alberto de Paz y Mateos, del Nuevo Grupo, el 26 de enero de 1979 con el siguiente reparto:

(Por orden de aparición)

María Luisa Ancízar Gloria Mirós y Manuelita Zelwer

Pío Miranda Fausto Verdial y José Ignacio Cabrujas

Elvira Ancízar Amalia Pérez Díaz

Matilde Tania Sarabia

Plácido Ancízar Freddy Galavís

Alfredo Lepera Luis Ribas

Carlos Gardel Jean Carlo Simancas

Escenografía Carlos De Luca

Vestuario Eva Ivanyi-Laura Otero, Productores Unidos

Realización del vestuario Costuarte-Giuseppe Micucci
Iluminación Carlos Rivodó
Maquillaje Carmelo
Director de Escena Diana Insausti
Producción Elías Pérez Borjas, Productores Unidos
Dirección José Ignacio Cabrujas

A Eva

Mi agradecimiento a Manuel Caballero, por las conversaciones sobre la Internacional.
JIC.

Canciones

Amores de estudiante (Gardel-Lepera)

Sus ojos se cerraron (Gardel-Lepera)

Rubias de Nueva York (Gardel-Lepera)

El día que me quieras (Gardel-Lepera)

Primer tiempo

Rubias de Nueva York

La sala y el patio de las Ancízar a las doce del día. Un reloj Junghans suena y es la única exactitud del lugar. El resto es árabe y fantástico; jarrones dorados, mariposas, cerámicas, pastorcillos pálidos, lotos, bambúes y delicadezas. María Luisa está sentada en un sofá vienes. Pío Miranda, a su lado, observa el albañal del patio. María Luisa sonrío vagamente percatándose de Pío, a quien olvidó hace unos minutos.

María Luisa: ¿Y Stalin?

Pío: Stalin los reúne a todos en el salón de conferencias, a mano izquierda, entrando por la puerta principal como quien va hacia el comedor del terrible. Stalin aguarda y entra Bujarín y entra Zinoviev y entra Kamenev y Trotsky y los viejos bolcheviques, tensos, impenetrables, definitivos. Rakovski...

María Luisa: ¿Quién es Rakovski, Pío?

Pío: Rakovski es el comisario de Armenia, el gran oso de los kuláks. Rakovski tose. Stalin lo mira. Rakovski no tose. Stalin se levanta, sobrio, medular, profundo. Y hay ese momento de angustia. Y Stalin dice: Caballeros: Vladimir Ilich, acaba de morir.

María Luisa: Ay.

Pío: ¿Qué...?, dice Kamenev... ¿Qué...? Un qué abrumado, un qué terrible... ¿Qué...? Y la cabeza se mueve...

María Luisa: ¿La cabeza de quién...?

Pío: La cabeza de Kamenev (*Y la cabeza de Pío reproduce la perplejidad de Kamenev*)
¿Qué...? ¿Qué...?

María Luisa: Ay.

Pío: Y Bujarín se levanta y camina hacia el llamado ventanal de la zarina en tiempos de opresión. Zinoviev lo mira. Stalin lo mira y Trotsky pregunta: ¿Qué hace el camarada Bujarín en el llamado ventanal de la zarina?

María Luisa: Lloraba.

Pío: Lloraba. Los grandes ojos de Bujarín repletos de lágrimas. Vladimir Ilich los había dejado aquel 21 de enero de 1924. Y Iosif bajó la cabeza, Iosif Visarianovich, mejor conocido por Stalin, acero, así se templó el acero, bajó la cabeza por última vez hasta el sol de hoy y dijo: Camaradas, ¿cómo se llena un vacío?

María Luisa: *(En un hilo)* ¿Dijo...?

Pío: Camaradas, ¿cómo se llena un vacío? Y todos se miran y entra Alliluyeva, la mujer de Stalin, con el samovar de la tarde.

María Luisa: No hay nada en el mundo como el té de samovar. ¿Tendremos uno alguna vez, Pío?

Pío: Creo que sí. O por lo menos nos dejarán usar el samovar del koljosz.

María Luisa: ¿Hará mucho frío, verdad?

Pío: Al principio. Pero después, uno se acostumbra a todo.

María Luisa: Hoy hablaré con Elvira.

Pío: ¿Y por qué no esperamos la respuesta de Romain Rolland?

María Luisa: Ella no sabe quién es Romain Rolland. Llegamos a Moscú y hablamos con franqueza. ¿Por qué tenemos que llevar una carta de Romain Rolland? En Moscú es distinto. No es un país de tarjetas. Vamos al Kremlin y nos quedamos allí, junto a la tumba de Lenin. Alguien vendrá. Rakovski vendrá. Zinoviev, Kamenev, alguien. Quién sabe si el mismo Stalin. Y entonces, nos jugamos el todo por el todo. Le decimos: mire, Stalin, venimos de Caracas, el señor Pío Miranda y María Luisa Ancízar, encantados. ¿Qué puede pasar, Pío?

Pío: No va a entender.

María Luisa: ¿Y por qué no?

Pío: Porque el camarada Stalin no habla castellano.

María Luisa: Tal vez Zinoviev o Kamenev...

Pío: María Luisa, son personas ocupadas. No puedes salirles al paso, así como así, y decirles que estás llegando de Caracas.

María Luisa: ¿No saben dónde está Caracas?

Pío: Por supuesto que saben. El camarada Stalin tiene una visión total del planeta. Pero no se trata de eso. Y además, es imposible entrar en un país de esa manera. Hay aduanas, María Luisa. Si las hay aquí, en esta equivocación de la historia, ¿cómo no la va a haber en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas? Justamente por eso le he escrito a Romain Rolland. Porque se trata de un humanista, uña y carne con el camarada Stalin y vara alta en la Internacional Comunista. No es lo mismo entrar en el Kremlin, como Pedro por su casa, que hacerlo con una carta donde Romain Rolland diga: los señores son María Luisa Ancízar y Pío Miranda, de Caracas, que vienen allí con la intención de participar en la vida koljosiana, dentro del plan quinquenal, etc., etc...

(Entra Elvira Ancízar. Viene de la calle)

Elvira: ¿Y Matilde?

María Luisa: No ha regresado.

Elvira: ¿Vieron las banderas? *(Silencio)* Dios mío, uno podría morirse viendo las banderas. Él no. Él va a pasar de largo del puerto al ferrocarril, del ferrocarril al Capitolio, del Capitolio al Panteón y del Panteón al escenario. No hay una flor en toda la ciudad. Te enfermas y buscas una flor y preguntas dónde hay una flor antes de caer muerta, y te dicen que no hay. Esta noche el Principal huele a magnolia. Y él viene de negro. ¿Se enteraron? ¿No es increíble que salte por encima de este asunto panameño y que en lugar de blanco nos entregue un invierno? Chaleco marfil, por supuesto. Como cabe. Como es. Ni una gota de sudor en todo el cuerpo. Ni siquiera cuando acarició las palomas en la plaza de las palomas. Aquella frente limpia y todo el mundo comentando: no suda, no suda...

Pío: *(Por anunciar su presencia)* Lenin tampoco sudaba.

Elvira: Lenin está disecado.

(Entra Matilde)

Matilde: Las palomas... ¿Lo saben?

Elvira: ¿Que no sudó?

Matilde: No sudó.

Elvira: Acabo de contarle.

Matilde: ¿Y lo del tren? ¿Saben lo del tren?

Elvira: ¿Qué es lo del tren?

María Luisa: Matilde, después lo cuentas. Tengo que hablar con Elvira.

Elvira: *(Sin hacerle caso)* ¿Qué es lo del tren?

Matilde: Se subió al tren. Tenía un vagón para él solo y dijo que el vagón era confortable. Y la gente apiñada así, así de gente, pidiéndole una canción.

Elvira: Salvajes.

Matilde: Y él sonrío de muerte perezosa, y se toca la garganta y dice... esta noche, esta noche... que, entre paréntesis, es mentira lo del oro en la muela. Su dentadura perfecta. Una dentadura intachable.

Pío: ¿Quién le vio la dentadura?

Matilde: Vox populi.

Elvira: Es que inventan, e inventan, e inventan. Yo tengo cuatro años diciéndolo. Ninguna muela de oro. Es mentira la muela, como es mentira lo del burdel de su madre, como es infundio la mariconería del padre, como es mentira el Uruguay que es la peor mentira del mundo.

Pío: (*Marxista*) ¿Y por qué no puede ser uruguayo?

Elvira: Porque no. Porque se le ve que no es uruguayo. Porque le brota el Mediterráneo, el Toulouse, en el tono, en el pliegue del pantalón, en la vigencia de la hombrera, y tú dices: eso no es uruguayo.

Pío: El Uruguay es un país culto.

Elvira: Pero con esfuerzo. Hay mucha pampa. Y además, está el nombre: Gardel, que en francés antiquísimo, significa guardián.

Matilde: (*A María Luisa*) Lo querían sacar por la ventanilla del vagón. Y él decía: Vengo de un viaje largo y quisiera convertirme en diez mil personas y estrechar la mano de todos ustedes y los hombros del general Gómez.

María Luisa: Fatigadísimo estaría. (*Y de pronto*) Matilde, yo me voy.

Pío: ¿Cuánto le pagan?

Elvira: ¿Y qué importa cuánto le pagan? Nada le pagan. ¿Cuánto le pagan al militar ruso de bigotes, al Stalin?

Pío: (*Comprometido*) Trescientos rublos. Y él devuelve doscientos al Comité Central. El dinero no es fundamental en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Elvira: Me congratulo.

Matilde: (*A Elvira*) Entonces, la locomotora se movió y él cerró los ojos y cantó *Lejana tierra mía...* y todos los que estábamos allí, queríamos convertirnos en una cadena my larga desde La Guaira hasta el Río de la Plata, una cosa completamente panamericana e infinita y que él caminara sobre nuestras espaldas y regresara a su lejana tierra suya para

abrazar a su madre, y a Rosita Moreno, y al presidente Justo de Argentina y, en general, a la vida.

María Luisa: Pero, ¿la voz es la misma...?

Matilde: No. Es más ancha. Más larga. Más dulce. Aquel momento, cuando él decía: tierra, lejana tierra, la parte de tierra... y me miró...

Elvira: (*Sorprendida*) ¿Cómo...?

Matilde: Me miró. Yo sé que me miró. Él, en la ventanilla y yo en el país. Pero sentí que tierra era conmigo y que mía, estuvo a punto de pertenecerme.

Elvira: ¿Vino solo?

Matilde: Con el señor Lepera.

Elvira: ¿Cómo es Lepera?

Matilde: No lo vi bien. Había tanta gente.

Elvira: Y yo en la Oficina de Correos. Todas esas cosas pasando, y yo en la Oficina de Correos, vendiendo estampillas como el judío errante. Veinte años rompiendo dientes de estampillas sin faltar un solo día al trabajo. (*A Pío, con repentina furia*) Y tú, hablándole a ésta de marxismo. Marxismo es ponerle una bomba al Correo y quedarte en la esquina viendo cómo caen los ladrillos del cielo con los pedazos de carne del superintendente Bertorelli...

Pío: (*Aceptando el reto*) ¿Y quién te dice que no?

Elvira: Tú. Tú me dices que no. Tú, y tu Internacional. ¿Dónde está esa Internacional? Yo no la veo por ninguna parte. Yo veo a Bertorelli que me niega el permiso para ir a La Guaira. A ése sí lo veo, hasta en la sopa, con la explotación del hombre por el hombre, en la ventanilla del correo. ¿Y a quién le pido auxilio? Llega Gardel, *Rubias de Nueva York*, *Tango bar*, *Melodía de arrabal*, *El día que me quieras*, la jerarquía del tango, presidentes que bailan tango, reyes que bailan tango, gente de verdad, de allá, Gardel, Lepera, Razzano, Broadway, y yo despacho catorce cincuenta en estampillas a tres cuadras de la Plaza Bolívar. El mundo es una mierda.

María Luisa: ¡Elvira!

Elvira: Hoy era el día. Dijeron... va a venir Gardel, y yo no lo creía. Yo dije: es mentira... ¿por qué va a venir? ¿Qué necesidad tiene de venir? Y está aquí. Uno quiere ver la historia y termina siempre por oírla.

María Luisa: ¿Pero qué tiene que ver Pío...?

Elvira: ¿Y con qué tiene que ver Pío? Yo quiero que tú me digas un día, con qué tiene que ver Pío. Murió mamá, un 15 de mayo de 1927, y boqueando en la cama, materialmente con el último aliento, me dice, a cuenta de hermana mayor... Elvira, que

ese hombre se defina con María Luisa, de velo y corona en la Santa Capilla para que mi tumba tenga sentido... y después volvió la cara contra la pared y se negó a ver el mundo...

Pío: Elvira, creo que he explicado suficientemente bien mi actitud en esta casa.

Elvira: Niño, si tú por explicarte, explicas cualquier cosa. Tú eres de esa gente capaz de cantarle un vals a un sordo desde el comienzo hasta el tantán.

María Luisa: *(Interviene)* Elvira... Pío y yo nos vamos.

(Larga pausa)

Matilde: *(Sorprendida)* ¿Y adónde, tía María Luisa?

María Luisa: *(Después de pesar las palabras)* A un koljosz en Ucrania.

Matilde: ¿Y qué es un koljosz en Ucrania?

María Luisa: *(Avergonzada)* Un lugar en el campo.

Matilde: ¿Un lugar ruso?

María Luisa: *(A Elvira)* Pío y yo estamos esperando una carta de Romain Rolland, el autor de *Juan Cristóbal*.

Elvira: ¿Y quién es Romain Rolland?

Pío: *(A Elvira y Matilde)* Hace un mes le escribimos a Romain Rolland, prestigioso escritor francés, muy admirado, no sólo por sus obras, sino también por sus luchas en pro de la paz y la amistad de los pueblos.

Elvira: *(En guardia)* ¿Y qué tiene que hacer un escritor francés con la vida de mi hermana?

María Luisa: Elvira... yo quiero vender la casa...

Elvira: ¿Vender la casa del general Ancízar? ¿A quién? ¿A Romain Rolland?

Pío: No. Romain Rolland vive en París y no tiene ningún interés en esta casa.

María Luisa: Vender la casa a quien sea, a quien la compre, a quien pague un precio justo...

Elvira: ¿Y quién va a pagar un precio justo por esta casa? ¿Qué vamos a vender? ¿Ladrillos y metros de terreno? ¿Y qué hacemos con Matilde?

Matilde: Tía María Luisa, ¿cómo te vas a ir tan lejos habiendo aquí tanta agricultura?

Elvira: Ahí está la terrible consecuencia de unos amores largos... que la gente se vuelve ociosa y onanista de tanto pensamiento y quiere terminar su vida en Ucrania o en cualquier país de camellos. ¡Diez años de este manual comunista y ya no tienes ley, ni respeto, ni familia. ¡Vender la casa! ¡Eso es lo único que se te ocurre!

María Luisa: *(Con ira súbita)* Me permito recordarte, Elvira, que en la misma cama y en la misma agonía, mamá nos dijo, y me parece estarla oyendo, que la casa se vendía cuando a ti o a mí nos hiciera falta venderla. ¡Y no te acepto una ofensa más a la persona de mi novio...! Porque si me quiero pasar el resto de mi vida con este hombre en las estepas soviéticas, es una decisión que me pertenece, como le pertenece a uno la vida cuando tiene treinta y siete años.

Pío: *(Abrumado)* María Luisa...

María Luisa: *(A Elvira)* Yo no te estoy sacando de esta casa...

Elvira: No faltaba más...

María Luisa: ...ni te estoy pidiendo que te vayas a la calle. Pero he decidido buscar mi vida en otra parte y nadie me lo va a impedir...

Pío: *(A Elvira)* Quiero aclarar que se trata de una decisión de María Luisa, y que en modo alguno pienso tocar un solo rublo de su herencia.

Elvira: *(A Pío)* ¡No creo una sola palabra de lo que estás diciendo! Porque, como base y principio, la idea del viaje a Ucrania es tuya. En treinta y ocho años que llevo conociendo a mi hermana, desde el agua caliente en la hora del parto hasta el sol de este día, jamás la escuché hablar de Ucrania, ni de tártaros, ni de la revolución de Octubre. Aquí ha habido un interés por el extranjero desde que tú llegaste con el materialismo en la boca.

Pío: ¡Yo comparto mis ideas con mi camarada! ¡Yo creo en un mundo donde se comparten las ideas con la camarada mujer! ¡Yo me opongo a la bragueta solitaria y al macho quincenal, en nombre de una humanidad nueva! ¡El dinero de María Luisa no entra en este asunto...! ¡He planificado con ella la posibilidad de marcharnos a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, porque entre otras cosas quiero que mis hijos nazcan en la verdad proletaria, y no en este basurero del imperialismo. ¡Pero en ningún momento, y lo juro por la hoz y el martillo y la impolitez de Rosa Luxemburgo, me ha cruzado por la cabeza aceptar un solo centavo de la propiedad de María Luisa...!

Matilde: *(Que no puede más)* ¿Y por qué no hablamos de esto mañana?

Elvira: Matilde, ve a tu cuarto.

Matilde: *(Protesta)* ¡Hoy llegó Gardel! ¡Y esta noche canta en el Principal! Y ustedes discutiendo esa eternidad que discuten, como si no pasara nada. Él, en su habitación, organizándose mentalmente, ensayando, afinando, buscando un apoyo moral en Lepera, y ustedes con este bululú. ¡Llegó! ¡Háganme el inmenso favor de entenderlo! ¡Llegó!

(Entra Plácido Ancízar, con el ensayo de su noticia)

Plácido: ¡Llegó al Majestic!

Elvira: ¿Cuándo?

Plácido: ¡Once maletas de equipaje y todavía no han podido subirlas a la habitación! Y aquello repleto en el vestíbulo... el Gobernador, el Rector, la Academia de la Historia, y Monseñor Fonturvel furioso porque le pellizcaron una nalga... La gente explicándole... no señor, no hay ofensa, no hay Sodoma, porque él amenazó con la estatua de sal y el anatema... no, monseñor, hay apretujamiento y barullo como en la toma de la Bastilla... así le dijo el doctor Fortoul.

Matilde: ¿Y Gardel?

Plácido: En un baño, a la izquierda, con Lepera...

Elvira: ¿Y quién pellizcó a Monseñor Fonturvel?

Plácido: El pueblo, sin ninguna intención malsana. Y eso era lo que el doctor Fortoul intentaba explicar en aquel alboroto.

Matilde: ¿Cómo qué, Plácido? ¿Cómo un día de la Independencia?

Plácido: No.

Matilde: ¿Como una procesión de Viernes Santo?

Plácido: No.

Matilde: ¿Como un carnaval de odaliscas?

Plácido: No. Como algo que nunca se vio. Como si te dijera que nunca supe el color de las alfombras del Majestic hasta esta tarde. Entramos el señor Pimentel y yo, en representación de la empresa y la policía no quería dejarnos pasar. Y Pimentel le dice al elemento policía: el señor Gardel canta esta noche en mi teatro... el señor Gardel me espera...

Matilde: ¿Y santa palabra?

Plácido: Santa palabra. Santísima y reverendísima palabra.

María Luisa: Pío, vamos a la puerta.

Plácido: *(Por la actitud de María Luisa)* ¿Qué pasa?

María Luisa: Nada.

Plácido: ¡Pero si traje las entradas! *(Plácido muestra un sobre que saca del bolsillo)*

María Luisa: Yo no voy esta noche.

Plácido: (*Escandalizado*) ¿Por qué?

Elvira: ¡María Luisa!

María Luisa: ¡No voy y se acabó!

Pío: ¡Conste que no he influido en su decisión!

Matilde: (*Desesperada*) ¡Tía María Luisa!

María Luisa: (*A Plácido*) Vende mi entrada. No estoy de ánimo.

Plácido: ¡María Luisa, tuve que suplicarle al señor Pimentel que me vendiera tres entradas...! ¿Qué le voy a decir ahora?

María Luisa: Nada. Dásela a un pobre. (*A Pío*) Vamos, Pío.

Pío: (*A Plácido*) Por lo menos te puedes ganar la plusvalía. (*A Elvira*) Buenas tardes.

(*Salen María Luisa y Pío*).

Plácido: ¡María Luisa! ¿Qué voy a hacer con la entrada?

Elvira: (*A Plácido*) Déjala. Se levantó al revés. Cosas de la mujer.

Plácido: (*Insiste, antes de salir*) María Luisa... ¡Es en la sexta fila! ¡Te la conseguí en la sexta fila...! ¡María Luisa, tienes que ir...!

(*Sale Plácido*)

Matilde: (*Después de una pausa*) Elvira...

Elvira: No me digas nada.

Matilde: Podríamos ir al Majestic.

Elvira: ¿A qué?

Matilde: A estar.

Elvira: (*En sus rencores*) Vender la casa... ¿Le oíste?

Matilde: Tía, ¿por qué no hablas con ella?

Elvira: ¿Y qué me va a contestar? ¿No ves que se cree La Pasionaria, con la mirada extraviada y los ojos saltones, como si estuviera contemplando el futuro de la humanidad? ¡Ucrania! ¡La cola del hombre... Para eso quedaron las mujeres! ¡El moco del hombre, de los tantos mocos que tiene el hombre! Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y la boca se le llena porque no tiene aire para pronunciar ese nombre. ¡Allí

está su casa, porque ahora es comunista... como si supiera de pobres, como si hubiera trabajado alguna vez! ¡Hipócrita!

Matilde: (*Compungida*) Tía Elvira...

Elvira: Hipócrita y cien veces hipócrita...

Matilde: ¿Pero no es su felicidad...? Porque yo la veo tan leve, a veces, tan que no pisa y toma café y enjuaga la taza...

Elvira: Yo conozco la felicidad de las mujeres... Me sé de memoria la felicidad de las mujeres... ¿No es virgen acaso? ¿De qué felicidad estamos hablando? ¿De la felicidad de Santa Rosa de Lima que se ponía contenta cuando veía un canario?

Matilde: ¿Y cómo sabes que es virgen, tía Elvira?

Elvira: Porque ése es incapaz de una machura en territorio nacional. Hasta la biología le funciona en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Son santos y necesitan su Vaticano para andar santeando. ¿No hablé de la impolitez de Rosa Luxemburgo? ¡Qué sé yo si a Rosa Luxemburgo le convenía esa impolitez!

Matilde: ¿Quién es Rosa Luxemburgo?

Elvira: ¡Qué sé yo...! (*Murmura*) ¡La felicidad! En 1902 me casé con Raimundo Galarraga y por lo menos tuve una alegría que iba más allá de los pajaritos de Santa Rosa. Era químico, Raimundo... o por lo menos él decía que era químico... pero en realidad fabricaba un perfume hediondísimo y estragado que las mujeres de la vida compraban por cuotas semanales.

Matilde: (*Abreviando una historia mil veces repetida*) Y se escapó a Trinidad, Raimundo...

Elvira: (*Mecánicamente*) ...con una negra de apellido Sutherland. Alegó que Cipriano Castro lo perseguía y por más de tres años le estuve enviando dinero al 18 Caiman Street. Después, supe la verdad y me dieron ganas de meterme en la cama con un cirio en las manos, por santa y por estúpida... ¡La felicidad! Un poquito de decencia... eso es la felicidad...

Matilde: Como Rosita Moreno...

Elvira: (*Deprimida*) Como Rosita Moreno...

Matilde: En aquella película, cuando Rosita Moreno tiene su tuberculosis galopante y el pañuelo se le empapa de sangre cada vez que tose, y la amiga de Rosita Moreno se angustia, como es natural, y le dice: Aura..., porque Rosita se llama Aura, ¿no es así...?

Elvira: Aura...

Matilde: Aura... ¿qué tienes? ¿Qué te pasa, Aura? Y Rosita Moreno contesta: nada... nada... con su voz de barco que se aleja y horizonte que se quiebra... nada... nada... Y la

amiga de Rosita Moreno, muerta de la angustia porque hay un pañuelo húmedo de sangre, le suplica que cuente la verdad y le diga a Carlos que hay sangre, que hay final, que hay agonía y cruz y calvario... ¿Recuerdas, tía Elvira?

Elvira: *(Llora)* Sí.

Matilde: Y Rosita Moreno empeñada en que él no se entere... pálida y perfumada Rosita Moreno...

Elvira: Así es... Pero, ¿qué tiene que ver...?

Matilde: Que Gardel regresaba a la casa... un año más tarde... mirando aquella cuestión de polvo y colchón arrinconado...

Elvira: *(Por decir)* Nunca supe que había un colchón.

Matilde: *(Describiendo el decorado)* A la derecha había un Cristo... a la izquierda...

Elvira: ...un armario de caoba...

Matilde: ...y junto al armario, el colchón de la Moreno...

Elvira: Nunca lo vi...

Matilde: Porque él cantaba: *Sus ojos se cerraron...*

Elvira: *(Llora)* Y el mundo sigue andando... *(Breve pausa)* ¿Qué traje vas a ponerte esta noche?

Matilde: El blanco de organza con lacitos negros... *(Insiste)* Todo era tan sacrificado... como si Rosita Moreno cumpliera una orden boliviana... como una paloma que va a transformarse en sopa... sin preguntas... como si ella te dijera: así somos nosotros... así es nuestra ley, nuestra alegría... ahorrar tomate en la cocina... creolina en el piso y dolor en el hombre...

Elvira: Deberías ir de negro. Ese empeño tuyo en vestirme de blanco. Ya tienes veintisiete años.

Matilde: Y él miraba por la ventana... ¿te acuerdas, tía Elvira?

Elvira: *(Llora)* Sí.

Matilde: Y hablaba de las alas...

Elvira: *(Recuerda)* «¿Por qué tus alas tan cruel quemó la vida...?»

Matilde: «¿Por qué esa mueca siniestra de la muerte...?»

Elvira: *(Llora)* ...de la suerte... no de la muerte... Ahí está el disco.

Matilde: «Quise abrigo y más pudo la muerte».

Elvira: «Cómo me duele y se ahonda mi herida...»

Matilde: «Yo sé que ahora vendrán caras extrañas...»

Elvira: *(Se dispone a salir)* Ahí está el disco... Yo ni siquiera he terminado de llegar... Y este calor de junio, ¿verdad? Esta mierda de junio...

(Elvira sale. Pausa. Matilde organiza el gramófono y se escucha Sus ojos se cerraron. Matilde repite en voz baja las primeras palabras. A partir de las alas que con terrible crueldad quemó la vida, Matilde une su precaria voz al desencanto de Gardel por la precaria muerte de su amada. «Como perros de presa...», indica el regreso de Plácido Ancízar atraído por la voz de Gardel. Se sienta junto a su sobrina y comenta)

Plácido: Está aquí, Matilde...

Matilde: ¿Habrá salido del baño, verdad?

Plácido: ¿De cuál baño?

Matilde: ¿No dijiste que se había encerrado en un baño en el vestíbulo del Majestic?

Plácido: Sí. Pero después salió...

Matilde: ¿Y qué hacía allí? ¿Orinaba?

Plácido: «Y mientras en la calle, en loca algarabía, el carnaval del mundo gozaba y se reía...»

Matilde: ¿Qué hacía, Plácido...?

Plácido: *(Con ademán de secreto)* Hablé con él, Matilde...

Matilde: ¿Dónde?

Plácido: En la cocina del Majestic... El señor Pimentel y yo entramos, y él se me queda mirando y me dice: «Qué rara es la gente acá...»

Matilde: *(Asombrada)* ¿Tal cuál, Plácido?

Plácido: Tal cual...

Matilde: ¿Qué rara es la gente acá...? ¿Y qué más? *(Ríe estrepitosamente)*

Plácido: Entonces yo le digo: mire, Gardel, aquí el señor Pimentel como empresario y este servidor, queremos preguntarle si se siente cómodo...

Matilde: ¿Es alto, verdad, Plácido?

Plácido: Matilde... yo lo vi y me parpadeó la virilidad... es alto, como en las películas y tiene esa luz que parece atravesarlo... y en lugar de hablar, accede, se inclina, se extiende...

Matilde: ¿Y Lepera?

Plácido: Lepera entre las ollas, vigilando, mojando, mordisqueando... (*Retomando la descripción*) Mire, Gardel le digo, etcétera... si se siente cómodo, etcétera...

Matilde: Etcétera, no, Plácido. Etcétera es horrible. Etcétera es el miércoles a las dos de la tarde.

Plácido: (*Mientras quita el disco que acaba de concluir*) Le pregunté, entonces, si quería revisar las instalaciones del teatro... el camerino alfombrado, la estantería, el cortinaje, el telón, la tabla crujiente, el micrófono, los altoparlantes... porque todo me daba vergüenza, Matilde. Pimentel, mudo... las cocineras del Majestic como si acabaran de descubrir un fantasma... Y Gardel habla y me dice: ¿Cómo te llamás? Y yo le respondo: Plácido Ancízar, señor Gardel, el nieto del general Ancízar, Plácido Ancízar. (*Emocionado*) Plácido Ancízar —me contesta—, si a vos te parece bien a mí me parece bien... Y yo sentí la historia universal del ser humano, Matilde, desde la masacre de los caquetíos hasta la llegada de los andinos... Y me dije: ¡Coño...! ¡Aquí estamos equivocados! ¡Aquí se ha cometido un disparate en alguna parte! ¡Aquí hubo un loco que nos extravió a todos...!

Matilde: (*Repite, extasiada*) Si a vos te parece bien, a mí me parece bien...

Plácido: Y era como si me devolviera el nombre envuelto en cultura, Matilde... como otro clima y otro ladrillo... y otra forma...

Matilde: Un hombre que ha saludado a reyes, Plácido.

Plácido: Tal cual.

Matilde: (*Emocionada*) ¿Y qué más te dijo?

Plácido: Nada más, porque entre el temblor que yo sentía y los emisarios del general Gómez que entraron en la cocina buscándolo, dejamos de hablar.

Matilde: (*Como un conjuro*) Si a vos te parece bien, a mí me parece bien.

Plácido: Y entonces, después de aquello, me vine a entregarles las entradas.

Matilde: ¿Es a las nueve, verdad, Plácido?

Plácido: En punto.

Matilde: (*Mira el reloj de la sala*) Son las dos.

Plácido: ¡Y María Luisa, ahora, con esa obstinación de no querer ir...! ¡No se consigue una entrada en todo el territorio! ¡Hay doctores que no consiguen entrada! ¡El taquillero

del Principal es, hoy por hoy, el hombre más importante de Caracas! ¡Y ella diciéndome que haga lo que me dé la gana con su boleto...! ¡Que no va a ir... que no le interesa!

(Entra Pío Miranda)

Pío: Matilde, ¿dónde está Elvira?

Plácido: Pío, convéncela...

Matilde: Se sintió mal y se fue a su cuarto, Pío ¿Por qué no hablas con ella mañana, después del recital?

Pío: Gardel no me divide la historia.

Plácido: Es un hombre de ideas avanzadas, Pío. Un hombre del pueblo. A los ocho años vendía yerba mate en Montevideo. Y estoy seguro de que simpatiza con la Tercera Internacional.

Pío: Matilde, dile a Elvira que quiero hablar con ella, y que María Luisa está en la acera de enfrente, esperándome.

Matilde: *(Pausa)* ¿Llegó la carta de Romain Rolland? *(Larga pausa)* Voy, voy.

(Matilde sale. Plácido guarda cuidadosamente el disco de Gardel)

Plácido: ¿Te vas a ir con ella, Pío?

Pío: ¿Se me ha visto alguna vez en esta casa atropellando a tu hermana?

Plácido: *(Amistoso)* Yo entiendo los ideales, Pío. Entiendo que el pobre sufre y sufre y sufre y se jode y se jode y se jode. Y entiendo que hay gente que tiene más y gente que tiene menos y que la humanidad necesita un revolcón y unas cabezas cortadas y un sangrero. Eso está en mi cabeza, Pío, y la plusvalía de este asunto del señor Pimentel que pone el capital y me roba el trabajo, y las cinco cruces de la dialéctica y la desviación de Trotsky y el imperialismo y la lucha de clases. Yo no era nada, Pío, antes de que tú me entregaras esta iluminación. Y ahora veo a Pimentel en la oficina y me digo: ay, Pimentel... ay, Pimentel... y me preparo, calladito, agazapado para el día de la cosa... cuando Pimentel me vea entrar en la oficina, en 1947, supongo, suponte con la ametralladora en la mano... ¿Qué es esto, Ancízar? Porque así me va a decir... ¿Qué es esto, Ancízar? Ay, Pimentel... ay, Pimentel.

Pío: ¿Cómo sabes que será en 1947?

Plácido: No sé. Siempre he pensado que será en 1947.

Pío: Tal vez, antes...

Plácido: ¿Quién sabe si antes?

Pío: Pondremos la bandera en el Capitolio...

Plácido: (*Entusiasmado*) ¿Con la hoz y el martillo, verdad Pío?

Pío: Con la hoz y el martillo.

Plácido: ¿Y vendrá Stalin, verdad?

Pío: Vendrá el camarada Stalin, de visita...

Plácido: ¿Como Gardel...?

Pío: (*Iluminado*) Nunca habrás visto tanta gente en Caracas, como el día de la visita de Stalin. Esa mañana, nos encontraremos frente al Congreso, y si puedo, si me es dado, te entregaré el cordel de la bandera roja para que tú mismo la subas.

Plácido: ¿En serio, Pío?

Pío: Te he hablado de la bandera, Plácido.

(*Entra Elvira*)

Elvira: (*A Plácido*) Matilde te espera en la cocina con los pormenores de Gardel.

Plácido: (*Antes de salir*) Elvira, dile que te explique el Día de la Bandera... que te hable de 1947... ustedes no se entienden porque jamás han hablado de 1947...

(*Sale Plácido*)

Pío: Lamento haber discutido, y pido excusas.

Elvira: No hay de qué.

Pío: Le he pedido a María Luisa que me acompañe desde esta noche. Buscaremos un lugar dónde vivir, y después nos marcharemos.

Elvira: (*Aspera*) Tú me dirás dónde debo enviarle la cama.

Pío: (*Recto*) No me interesa la cama de María Luisa, ni las pertenencias de María Luisa.

Elvira: Me alegro.

(*Larga pausa*)

Pío: Ahora, hazme el favor de escucharme, porque voy a hablar de este asunto por última vez. (*Pausa*) En treinta y ocho años de mi vida he sido maestro de escuela, cajero de imprenta, secretario de un comprador de esmeraldas en el río Magdalena, espiritista, seminarista, rosacruz, masón, ateo, libre pensador y comunista. ¡Y ahora, te voy a explicar por qué soy comunista! Cuando era niño, en Valencia, mi santa madre, Ernestina, viuda de Miranda, enfermera jubilada del Hospital de Leprosos, lectora perpetua de *El Conde de Montecristo*, se ahorcó en su habitación. ¿Sabes cómo mierda se ahorcó? Amontonó en el suelo, *Los miserables*, de Víctor Hugo, *El coche número 13*,

de Xavier de Montepin, *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas, hijo, *El crimen del padre Amaro*, de Eça de Queiroz y una edición ilustrada de la Biblia. Se subió a la pila de libros, y ni siquiera, maldita sea, me dejó una carta explicativa. Se limitó a saltar sobre la narrativa romántica, con una fiereza inexplicable. Ahora parece un chiste y, a veces, me he sorprendido a mí mismo, riéndome al contarlo. ¡Pero desde ese día tuve miedo! ¡Me orinaba en la cama de puro miedo! ¡No me atrevía a cruzar el patio después de las once, por temor a encontrarla bajo el limonero, o en el comedor, o en la cocina! Tú me preguntarás, ¿miedo a qué mierda? Y yo te diré, miedo a que me explicara por qué lo había hecho. Miedo a no inventarla. Miedo a terminar en la misma viga y bajo el mismo techo. *(Breve pausa)* ¡Leí los libros de aquel patíbulo que mamá había hecho en su dormitorio, buscando una clave, una respuesta, una explicación cualquiera...! ¡Y no encontré nada! ¡Páginas y páginas... y nada! *(Pausa)* ¡Ingresé en el seminario arquediocesano y comencé a masturbarme todas las noches! ¡Y un día me descubrieron en una lascivia con la imagen de Santa Rita! ¡Y me declararon loco y atormentado! Entonces, dejé de creer en Dios... Porque, ¿cómo mierda creo en Dios, si me provocaba la imagen de Santa Rita? ¿No comprendes que me expulsaron de la vida?

Elvira: Alabado sea el Señor misericordioso...

Pío: ¡No hay Señor misericordioso! ¡Estás en el mundo, con tus manos, con tu lengua... y no hay Señor misericordioso! ¡Yo te podría decir que soy comunista por la cojonudez del *Manifiesto*, por el hígado de Marx y la cabeza de Federico Engels! ¡Pero soy comunista, por la declaración de Aura Celina Sarabia, cocinera de la pensión Bolívar donde murió mamá! ¿Y sabes por qué se ahorcó mamá? ¡Porque redujeron el presupuesto del Ministerio de Sanidad, y hubo un error en la lista de pensionados! Aura Celina me lo dijo... ¡Un error en la lista de pensionados y tres quincenas sin el dinero! ¡Murió de vergüenza...! Y entonces, yo me pregunté, ¿dónde están los incendiarios de esta sagrada mierda? Y me dijeron: ¡Lee!... Y aquí estoy, hablándote de mi clandestinidad.

(Larga pausa)

Elvira: Tengo jaqueca... Dile a María Luisa que venga. No quiero saber que está en la acera de enfrente.

Pío: A veces me provoca salir corriendo y no volver más. Inaugurar un koljosz en Guayana y callarme la boca.

Elvira: ¿Quieres dejar a María Luisa?

Pío: No lo sé.

Elvira: ¿Y la carta de Romain Rolland?

Pío: No va a contestar.

Elvira: *(Pausa)* ¿Cómo sabes?

Pío: *(Pausa)* No la envié nunca.

(Pausa)

Elvira: Judas.

Pío: Ni siquiera sé dónde vive Romain Rolland. Y aunque lo supiera... ¿qué puede importarle?

Elvira: ¿Y mi hermana?

Pío: Vendré a buscarla esta noche.

Elvira: ¿Y adónde vas a llevarla? ¿A la pensión Bolívar?

Pío: A lo mejor nací cincuenta años antes de lo debido... O a lo mejor se me extravió el mundo. En ocasiones veo el mapa de Australia, Elvira, por hablarte de un lugar lejano, y pienso que allí debe existir otro como yo, en alguna calle de Sidney, un fabricante errático, un vendedor de soluciones, un australiano falsificador. Me acerco a la gente y cinco minutos después estoy explicando algo... como si me dieran pena. La gente me ruboriza, Elvira, y en lugar de hablar, respondo, explico y reparto pedazos de mundo, con la única intención de que me perdonen. Y me provoca gritar: ¡qué mal viven!... ¡qué mierda de vida viven, por no vivir medio metro más allá...! ¡Nadie me pide explicaciones! ¡Nadie se interesa por mis explicaciones, y yo pido perdón por ser testigo de esa tontería...! Así pasó con María Luisa... ¿Qué hacemos, Pío? ¿Cuándo nos vamos, Pío? ¿Cuándo nos casamos, Pío? Y yo cerré los ojos y me vi en la calle de Gato Negro con los libros y la infinita seguridad de estar equivocado... entonces le dije que iba a escribirle una carta a Romain Rolland, para que ella pensara que Romain Rolland cabía en el panorama de Gato Negro... Romain Rolland hablaría con Stalin y Stalin era el koljosz de remolachas en Ucrania. ¿Qué estupidez, verdad?

Elvira: Vivimos tan mal, Pío Miranda, con los helechos y los canarios, y el *Ecce Homo* detrás de la puerta... Vivimos tan mal...

(Entra Matilde. Se ha puesto el traje blanco de organza con lacitos negros)

Matilde: ¿Cómo se ve?

Elvira: Un sueño.

Matilde: Plácido dice que si llegamos temprano a lo mejor podremos saludarlo en el camerino.

Elvira: Estará ocupadísimo.

Matilde: ¿Y María Luisa?

Pío: Voy a buscarla.

(Pío sale)

Matilde: ¿Con el turbante, verdad?

Elvira: (*Distraída*) ¿Ah?

Matilde: Con el turbante, pregunto...

Elvira: ¿Cuál turbante?

Matilde: El de la cabeza. ¿Qué pasa?

Elvira: Nada. El turbante no me gusta. El tocado de flores es lo apropiado.

Matilde: ¿Como Margarita de Borgoña en la Torre de Nesle?

Elvira: Como Genoveva de Brabante, en la gruta, cuando amanece.

Matilde: Yo pensé en *Tango bar*... al final... cuando él está en el barco y ella sube la pasarela...

Elvira: Me gustan las flores. Son más tú.

(*Elvira abraza a Matilde*)

Matilde: ¿Te sientes mejor?

Elvira: Sí.

Matilde: ¿Y cómo vas a ir vestida?

Elvira: Cualquier cosa.

Matilde: ¿Y María Luisa? Plácido piensa que no va a ir...

Elvira: María Luisa va a ir y esta noche será una gran noche. Pasarán cincuenta años y será una gran noche. Yo estaré muerta, y seguirá siendo una gran noche...

Matilde: ¿Cómo *Rubias de New York*...?

Elvira: Como Mary, Peggy, Betty y Julie...

Matilde: ...Rubias de New York... Cabecitas adoradas que vierten amor...

Elvira: Dan envidia a las estrellas...

Matilde: Yo no sé vivir sin ellas...

(*Entra Plácido*)

Plácido: (*Canta*) Mary, Peggy, Betty y Julie, Rubias de New York... Cabecitas adoradas que vierten amor.

Matilde: ¡Dan envidia a las estrellas!

Elvira: ¡Yo no sé vivir sin ellas...!

Plácido: Mary, Peggy, Betty y Julie de labios en flor.

Matilde: ¡Pon el disco, Plácido! ¡Esta noche, en la sexta fila del Principal, van a estar sentadas las tres rubias de New York!

Plácido: (*Mientras dispone el disco*) Es como el cristal la risa loca de Julie... Es como el cantar, de un manantial.

Elvira: Turba mi soñar, el dulce hechizo de Peggy, su mirada azul, honda como el mar.

Plácido: Deliciosas criaturas perfumadas, quiero el beso de sus boquitas pintadas.

Elvira: Frágiles muñecas del olvido y del placer, ríe su alegría... como un cascabel.

(*Rubias de New York se escucha a todo volumen en el salón de las Ancízar*)

Voz Gardel: Mary, Peggy, Betty, Julie. Rubias de New York...

Matilde: (*Grita*) ¡Tan lejos...! ¡Coño!... Tan lejos...

Voz Gardel: Cabezitas adoradas, que vierten amor.

Elvira y Voz Gardel: Dan envidia a las estrellas.

Plácido: (*Grita*) ¡A las estrellas! ¡Oigase bien que dice: a las estrellas!

Voz Gardel: Yo no sé vivir sin ellas.

Plácido: (*Grita*) Gardel es tan alto como el general Gómez...

Voz Gardel: Mary, Peggy, Betty, Julie, de labios en flor.

(*Elvira y Plácido bailan el fox trot*)

Voz Gardel: Es como el cristal, la risa loca de Julie. Es como el cantar de un manantial.

Matilde y Voz Gardel: Turba mi soñar el dulce hechizo de Peggy. Su mirada azul... honda como el mar...

Matilde, Elvira, Plácido y Voz Gardel: Deliciosas criaturas perfumadas, quiero el beso de sus boquitas pintadas.

Gardel y Plácido: Frágiles muñecas del olvido y del placer. Ríen su alegría... como un cascabel...

Voz Gardel: Rubio *coctail* que emborracha, así es Mary.

Plácido y Voz Gardel: Su melena que es de plata quiero para mí...

Elvira y Voz Gardel: Si el amor que me ofrecía, sólo dura un breve día...

Matilde y Voz Gardel: Tiene el fuego de una brasa tu pasión, Peggy...

Voz Gardel: Es como el cristal, la risa loca de Julie, Es como el cantar de un manantial...

Matilde y Voz Gardel: Turba mi soñar el dulce hechizo de Peggy, su mirada azul... honda como el mar...

Matilde, Elvira, Plácido y Voz Gardel: Deliciosas criaturas perfumadas, quiero el beso de sus boquitas pintadas. Frágiles muñecas del olvido y del placer. Ríen su alegría... como un cascabel...

(En la calle se escuchan los cohetes municipales que anuncian la llegada de Carlos Gardel y el consiguiente júbilo de la población)

Matilde: *(Eufórica)* ¡Cohetes, Plácido... vamos!

Plácido: Que nadie diga que no fuimos agradecidos, que no supimos reconocer la gloria de un hombre. La ciudad está de fiesta.

(Se renuevan los cohetes en el zaguán de las Ancízar)

Matilde: *(Desde la puerta)* ¡Vamos, Plácido!

(Plácido y Matilde salen. Pausa. Entran María Luisa y Pío)

Elvira: ¿Por qué no vas a ver los cohetes, Pío? ¿Quién sabe si la revolución es un sonido? De cualquier manera, esta noche te vas a ir con La Pasionaria a la calle de Gato Negro. No te olvides de darme la dirección, por si acaso llega a esta casa la carta de Romain Rolland.

Pío: A veces tarda el correo.

Elvira: Es culpa de Bertorelli. Pero estas cosas cambiarán cuando haya una bandera roja en el Capitolio.

(Las explosiones de los cohetes se acercan)

Pío: En 1947.

Elvira: *(Pausa)* Así es.

María Luisa: *(Súbitamente angustiada)* ¿Qué les pasa?

Elvira: Nada. ¿Verdad, Pío? Hemos hablado y nos hemos disculpado. Todo hombre tiene una miseria.

Pío: Vengo esta noche, María Luisa, después de Gardel.

(Pausa. Pío sale. Larga pausa, después de la acción de Pío)

María Luisa: Tenía que ser así.

Elvira: No me digas nada y dame un abrazo.

María Luisa: *(Llora)* Mi hermana grande.

(Elvira y María Luisa se abrazan)

María Luisa: *(Dentro de todo)* Total... no nos vamos por mucho tiempo. Siete... ocho años, nada más.

Elvira: Sí.

María Luisa: ¿Y quién sabe si tú...?

Elvira: ¿Qué...?

María Luisa: ...Puedas ir...

Elvira: ¿Tan lejos?

María Luisa: De visita. En julio. En Ucrania. Ahorro y te envío el pasaje...

Elvira: Puede ser.

María Luisa: Es hermoso allí. Hay campos de remolacha y actos culturales en la noche. Una vez al año, Stalin impone la medalla del trabajo, y la gente se reúne en la casa central del koljosz.

Elvira: ¿Y cómo vas a hacer para cultivar remolachas? Tú nunca has cultivado nada.

María Luisa: Aprenderé. Tampoco es tan difícil. Te dan las semillas y las hundes en la tierra. Con el tiempo, crecen.

Elvira: Después de todo... ¿Es tu vida, verdad?

María Luisa: ¿Qué voy a hacer si me quedo aquí? ¿Visitarlo en la cárcel?

Elvira: De ninguna manera.

María Luisa: Nos conocemos demasiado... ¿entiendes? Nunca lo he visto desnudo, pero es como si lo hubiera visto. Y si quiero saber algo, él me lo explica. Nos hemos sentado tantas veces en ese sofá... y ha habido tantos silencios después de sus palabras... tanta costumbre

Elvira: Te comprendo...

María Luisa: He aprendido a escuchar su voz... sus asperezas... sus ternuras...

Elvira: Tendrás que llevar un abrigo. ¡Hace tanto frío...!

María Luisa: Yo no sé de la revolución, Elvira. Yo sé de mí. Y a veces me maravilla saber de mí. Me parece increíble mi propia adivinanza, Elvira. Todos los días... uno tras de otro... de domingo a domingo. A veces pienso que no va a volver y me da miedo... Pero está aquí todos los días a las doce y media, provisionalmente, avergonzado del almuerzo, diciéndome que no quiere molestar... No me ha tocado nunca. ¿Podrás creer que no me ha tocado nunca? En realidad, no recordamos nada. Vivimos para un día donde habrá justicia y se repartirá el mundo.

(Larga pausa, y de pronto entra Lepera en el la sala de las Ancízar)

Lepera: Disculpen... la puerta está abierta

Elvira: ¿Qué deseaba?

Lepera: ¿Vive aquí el señor Plácido Ancízar?

Elvira: Sí.

Lepera: *(Llama)* ¡Carlos! ¡Llegamos! ¡Acá es!

(Pausa)

Elvira: Perdone. ¿Quién es usted?

(Entra Gardel, y elige su mejor sonrisa)

Gardel: Buenas tardes. Me llamo Gardel.

Segundo tiempo

TUT-ANKH-AMON

La sala y el patio de las Ancízar a las doce de la noche. Elvira enciende la luz de la sala. Con ella, han entrado María Luisa y Matilde. Vienen del Teatro Principal, después de asistir a la apoteosis de Gardel.

Matilde: *(Grita, desde la entrada y antes de encenderse la luz)* ¡Es que no te lo pueden contar! ¡Reúnes a los escribas y a los fariseos de Jerusalem, y al doctor Fortoul y al doctor Vallenilla y les pides el cuento de esta noche... y no te lo pueden contar! *(En el patio)* ¡País, qué grandeza!

María Luisa: *(Alarmada por los gritos)* ¡Matilde!

Elvira: *(Risueña)* ¡Tengo veinte años diciéndolo! ¡Aquí no se ha visto nada semejante! ¡Aquí se detiene el viento, cuando ese hombre abra la boca y diga! ¡Porque no es el canto ni el repertorio! ¡Es él! ¡Y lo que emana de él! ¡Le vieron los dientes? ¿Qué dije

yo de los dientes? ¿Se ha contemplado alguna vez en el planeta una porcelana semejante? ¡Es un espejo lo que tiene en la boca!

Matilde: Viene alguien, ¿verdad, María Luisa?, y te dice, terciopelo, caramelo, cristal, lágrima, bruñido, tañido, suponte y te revuelcas fracasadísima en las palabras, como un camello en la arena del Nilo. (*Grita*) ¡Tutankamón! ¡Tutankamón!

María Luisa: Matilde, baja la voz...

Matilde: ¿Y por qué voy a bajar la voz? ¡No quiero bajar la voz! ¡Quiero que me oigan! ¡Quiero que se despierten! (*Grita*) ¡Tutankamón! ¡Tutankamón! ¡Qué maravilla es Tutankamón!

María Luisa: ¡Pero estás loca!

Matilde: ¡Ebria, como la Borgoña en París! ¡Ebria...! ¡Absoluta y definitivamente ebria! ¡Tutankamón! ¡Tutankamón! ¡Cuando cantó *Tuth-ank-amón*, ¿ah, Elvira?, yo me sentí una vestal de bandeja, cadena y perro lobo! Y me dieron ganas de subir al escenario con la única intención de rescatarlo de las aguas al igual que la madre de Moisés en el Penúltimo Testamento. ¡Dios del Sinaí! ¡Qué humedad de hombre!

Elvira: ¡Ahora quiero ver a Bertorelli, cara a cara! ¡Mañana llegaré a la taquilla a las diez y media, o tal vez a las once... y cuando esa alimaña alce los ojos por debajo de la visera y me pregunte por mi tardanza, le diré: Consúmome de la pena, Bertorelli, pero ayer estuvo Gardel en mi casa y hay ciertos compromisos que imponen una ligera tardanza! ¡No creo que esta desazón burocrática entorpezca la marcha de las comunicaciones nacionales! ¡Si así fuere, muérome y extíngome del pudor, honorable superintendente!

María Luisa: No creo que haya suficientes copas.

Elvira: ¿Por qué? Vienen él y Lepera solamente.

María Luisa: ¿Y si invita a alguien más? Había tanta gente esperándolo.

Matilde: Fue claro y diáfano, cuando entró por esa puerta a las dos y treinta de la tarde, antes de mi desmayo. (*Cita a Gardel*) Señora Elvira...

Elvira: (*Corrige*) Señora Elvira, distinguida dama...

Matilde: (*En el juego*) ¿Podría tener...?

María Luisa: (*Completando las históricas palabras de Gardel*) ...el honor de venir acá esta noche después de mi presentación en el Principal?

Matilde: (*Emocionada*) ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! (*A Elvira*) ¿Y qué contestó la distinguida dama?

Elvira: (*Con falsa afectación*) Ya lo dije. No voy a repetirlo otra vez.

Matilde: ¿Por qué? ¿No me contaron las monjas en el colegio catorce veces la historia del centurión renegado y el lanzazo?

María Luisa: ¡Elvira, dilo...!

Elvira: Contesté... ¿y a qué debo esta distinción, caballero?

Elvira y María Luisa: (*Susurran al mismo tiempo*) *La politesse... la politesse...*

María Luisa: (*Divertida*) Dios mío... estamos locas...

Elvira: (*A María Luisa*) Celebramos un prestigio y cuatro copas de champagne. Me gustaría que alguna vez alzaras la cabeza y vieras el cielo, María Luisa. En ocasiones hay estrellas...

Matilde: (*Insiste*) ¿Y a qué debo esta distinción?

María Luisa: Pío va a llegar de un momento a otro.

Matilde: Tengo unas profundas ganas de orinar.

Elvira: Ve, mujer.

Matilde: ¿Y si viene? (*A Elvira*) Júrame que no le vas a decir nada.

Elvira: Lo juro.

Matilde: (*Mientras sale*) Háblale de flores... si viene, háblale de flores...

(*Sale Matilde apresuradamente. Pausa*)

Elvira: ¿De verdad, te vas a ir esta noche?

María Luisa: Sí.

Elvira: ¿Y tu ropa...?

María Luisa: Vendré por ella.

(*Breve pausa*)

Elvira: María Luisa...

María Luisa: Elvira, no me digas que no tengo razón... Por lo que más quieras, no me digas que no tengo razón...

Elvira: No.

María Luisa: Tengo diez años con el olor de este día. Sé de este jueves como de nada en la vida. Y es así. Es hoy. Viviremos en una habitación, mientras tanto, y después...

Elvira: ¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer ahora? Tengo los mismos diez años oyendo hablar a Pío, de después... Y quiero saber de ahora...

María Luisa: No lo sé... me quedaré allí... freiré algo... no sé... Esta noche... Pienso y nada más... esta noche... Diez años, van a terminar esta noche... Y será como todo el mundo... como tú con Galarraga... ¿No es así?

Elvira: Galarraga se emborrachó y decía poemas y hablaba de una empresa de fluidos. Galarraga fue al día siguiente. Y cuando pasó... por dentro... tuve un pensamiento. No lo voy a soportar, me decía a mí misma, porque era un dolor espantoso, sin remedio, demasiado natural... y al final había algo... nunca supe qué, exactamente... había algo y era así... Yo tenía veinte años... ¿Cómo puedo recordarlo?

María Luisa: Yo tengo treinta y seis, como Santa Ana.

Elvira: Santa Ana parió a María. Bendito sea Dios.

(Entra Matilde)

Matilde: *(Insiste en su imitación de Elvira)* ¿Y a qué debo esta distinción?

Elvira: *(Alegre)* Fue un 11 de junio de 1935, cuando llegó Carlos Gardel a esta casa y Elvira Ancízar dividió su vida en dos etapas o, mejor dicho, en dos movimientos, tan simples como antes y después...

Matilde: *(Como Elvira)* ¿Y a qué debo esta distinción? *(Como Gardel)* Señora Elvira: vengo de New York y me siento agotado. No soporto una recepción más.

María Luisa: *(A Matilde)* ¿Te diste cuenta del pelo?

Elvira: Entre otras cosas.

María Luisa: Tiene un brillo increíble, como si el sol se reflejara en su cabeza. Un brillo peruano de mediodía en Lima. Quién sabe si la historia del Uruguay es cierta.

Elvira: Esta noche se despejarán las incógnitas.

Matilde: ¡Esta noche...!

Elvira: ¡Y resplandecerá la verdad! Fue engendrado en Toulouse, sin partida de nacimiento posterior, de padre francés sospechoso y madre argentina decentísima. A los tres años, por un azar del destino, llegó a Montevideo, y a los cinco, buscando mejores horizontes, se residió en Buenos Aires, donde le conocieron por el apodo de El Morocho.

María Luisa: ¿Y no será india la madre?

Elvira: Blanca y rubia como la duquesa de Alba. Ese hombre no nos pertenece.

Matilde: ¡Quiero oír lo que dijo de la casa!

María Luisa: ¡Matilde, no grites!

Elvira: Mordió una hoja de helecho... me miró... y dijo: Señora Elvira, le extrañará mi petición, pero quisiera, si no es molestia, compartir esta noche con ustedes.

Matilde: *(Como Elvira)* Sería un honor, señor.

Elvira: *(Como Gardel)* Porque esta casa se parece a la de mi madre en Buenos Aires, cuando llegamos de Montevideo.

Matilde: ¿Y cómo hace una para no gritar? De pie, sobre estos mosaicos, el primer latinoamericano trascendental desde San Pedro Claver, declara que esta casa se parece a la de su madre.

María Luisa: *(Compartiendo la alegría)* Fue tan hermoso en el teatro...

Matilde: Agonizo y muero.

María Luisa: ...cuando nos dedicó *Tutankamón*. Me dieron ganas de llorar.

Elvira: Y nadie lo supo. Aquella envidia comiéndoselos a todos.

María Luisa: Hubo un silencio y la gente pensó que iba a ocurrir algo muy especial. Y él esperó y esperó y esperó... hasta que desaparecieron las toses y los murmullos, y dijo: Querido público de esta noche... me siento feliz en Caracas...

Elvira: Y allí me brotaron las lágrimas, porque vi al mundo como un planeta redondo donde la Providencia nos deparó un rincón y un nombre... me siento feliz en Caracas...

María Luisa: *(Continúa)* ...una ciudad que siempre quise conocer y a la que llevo en mi corazón desde hace muchos años...

Matilde: Aleluya.

María Luisa: Medio teatro lloraba en ese momento, como si todas las cosas terminaran allí. Y después hubo un silencio...

Matilde: *(Pausa)* ¿Y después del silencio?

María Luisa: Volvió la cabeza y nos miró... y dijo: Esta tarde conocí a tres personitas de las que me llevo el mejor recuerdo...

Matilde: *(Cuenta)* Mary, Peggy, Betty. Y falta Julie.

Elvira: Julie es tu madre, y tu madre nos miraba desde el Empíreo.

Matilde: Mary, Peggy y Betty, porque Julie murió en 1928, y desde ese día hay flores en su tumba y minutos de silencio.

María Luisa: Y a ellas, por buenas, por gentiles, quiero dedicarles un *shimmy* cariñoso. Se llama: *Tutankh-amón*.

Elvira: Y cantó *Tutankamón*, como si la felicidad fuera su asunto en aquel nuevo Egipto. ¡Dios de mi vida! ¿Dónde puedo escribir esta fecha? Haría falta una pirámide.

Matilde: (*Lúcida*) Y no hemos puesto el mantel.

María Luisa: Mary y Peggy van a la cocina y traen las copas. Yo pongo el mantel.

Matilde: ¿Vendrá, Elvira?

Elvira: De un momento a otro. Lo sé. Lo presiento.

(*Salen Elvira y Matilde. María Luisa busca el mantel y con exacta sabiduría cubre una mesa que han dispuesto para la trascendental ocasión. Una pausa. Entra Gardel. Sin hacer ruido se acerca a María Luisa*)

Gardel: ¿Me permite?

(*María Luisa se vuelve, reprimiendo un grito, ante aquel asombro*)

Gardel: (*Después de oler el mantel*) Vetiver.

María Luisa: (*Trémula*) Toda la casa está llena de Vetiver.

Gardel: ¿Tú eres María Luisa?

María Luisa: Ancízar.

Gardel: (*Con la acción*) Se busca el centro del mantel y se hace coincidir con el centro de la mesa. Después es fácil...

(*Y súbitamente el mantel queda dispuesto con increíble rigor*)

Gardel: Lo aprendí en Holanda, con la pequeña Guillermina.

María Luisa: (*Balbuze*) ¿Y quién es Guillermina?

Gardel: La reina, claro está. (*Nostálgico*) Guillermina y sus manteles. Guillermina y sus caprichos. (*A María Luisa*) ¿Dónde están las servilletas?

María Luisa: En el mueble. No se moleste.

Gardel: No es molestia. Es una manera de vivir.

(*Y con paso grácil, Gardel se acerca al mueble de las Ancízar y consigue las servilletas*)

Gardel: Mi madre dice que las servilletas deben duplicar el número de los invitados.
¿No es increíble mi madre?

María Luisa: ¿Es argentina?

Gardel: No lo sé. ¿Podrá creer que no lo sé?

(Gardel coloca las servilletas en los distintos puestos)

Gardel: Lepera y Plácido traen el vino. *(Breve pausa)* ¿Y su novio?

María Luisa: ¿Cómo sabe...?

Gardel: Plácido me habló de él. Un intelectual, por lo que he oído...

María Luisa: ¿Usted cree?

Gardel: ¿Por qué no? *(Ríe)* Hace un trimestre en París me decía Romain Rolland...
¿Conocen acá a Romain Rolland?

María Luisa: No. Sí.

Gardel: Me decía el buen Rolland bajo un alero en Montparnasse: *cher Gardel...*
(Corrige) ...querido Gardel, llevamos dos mil años confiando en el futuro. ¿No es aburrido?

María Luisa: *(Perpleja)* ¿Rolland?

Gardel: El futuro. *(Displicente)* Rolland y sus manías *(Pausa)* Amo esos días lluviosos en París. ¿Nunca ha estado usted allá...?

María Luisa: No.

Gardel: ¡Nunca ha estado! Qué lástima. *(Pausa)* Disculpe, no le he preguntado por Elvira y Matilde. Si mi madre estuviera conmigo, me pellizcaría una oreja... ¡Carlos, Carlos, Carlos! Así me dice cuando cometo una descortesía. Se toca la frente, así... Carlos, Carlos, Carlos...

María Luisa: ¡Dios mío...! ¡Me olvidé...! Están en la cocina. ¿Las llamo?

Gardel: No turbemos la intimidad de dos damas. *(Pausa)* Volvamos a la noche. Hace calor, ¿no es cierto?

María Luisa: Si me permite... creo que es por la bufanda.

Gardel: Tiene razón. *(Se quita la bufanda)* Guárdela. Es suya. *(Observa a María Luisa)*
¿Por qué tiembla?

María Luisa: ¿Mía...?

Gardel: No hay preguntas después de un regalo, decía Mahatma Gandhi. *(Ríe)* Iba a decir: «Me decía»... pero no quiero parecer pedante. ¿Conocen acá a Mahatma Gandhi?

María Luisa: No. Nunca ha estado.

Gardel: Qué pena.

María Luisa: Perdóneme. Hay una pregunta. Una sola pregunta. ¿Por qué vino aquí? ¿Por qué, esta noche? ¿Por qué nosotras?

Gardel: Cosas técnicas de Lepera... qué sé yo... un micrófono... el sonido de la guitarra. Había mucha gente en el vestíbulo del Majestic, y de pronto lo vi salir. Buscaba a Plácido, con esa típica angustia de Lepera ante los contratiempos. Y le dije, voy contigo... Cuando llegamos aquí, la puerta estaba abierta y desde la calle vi los helechos...

(Entra Pío Miranda. Trae consigo una maleta)

Pío: *(Protesta)* Van a robar un día...

María Luisa: Pío... *(Pausa)* ...él es Gardel.

Gardel: *(Cordial)* ¡Como el duodécimo del Vaticano... el de las manos largas y las uñas pulidas!

Pío: *(Después de dejar caer la maleta)* ¿Gardel...?

Gardel: *(A Pío)* ¡Si ya nos conocemos! ¡Tiene media hora hablándome de usted!
(Estrecha vigorosamente la mano de Pío) Gardel... *enchanté...* *(Corrige)* Dios mío... Babel y los idiomas... ¡Encantado!

Pío: Pío Miranda. *(Perplejo)* María Luisa... ¿Qué hace él aquí?

María Luisa: *(Intenta una explicación)* Estábamos en el patio... Elvira y yo... ¿verdad? Y de pronto... lo vimos... No me preguntes cómo... no lo sé... Lo vimos. Quería un retoño de helecho. ¿Verdad?

Gardel: *(Levantando la maleta de Pío)* ¿De viaje amigo Miranda...? ¡Qué detalle! Y antes de partir a la dura carretera, supongo, una entrevista con la amada. ¡Galán!

María Luisa: ¡Ni siquiera he podido avisarles a Elvira y a Matilde! ¡No me lo van a perdonar nunca! *(A Gardel, muy angustiada)* Permiso. Regreso en un momento. Queda en buena compañía.

Gardel: Gracias.

(María Luisa sale en dirección a la cocina)

Gardel: Déjame verte, Pío Miranda, hombre feliz. *(Palmorea a Pío)* ¡Qué bella novia tienes! *(Airoso)* Hay algo apresurado en este país, que, desde luego, ha terminado por

impresionarme. Como si todo sucediera en un momento... como si algo grave estuviera a punto de pasar y la gente se quedara en silencio... (*Eufórico*) ¿Y qué, pasión) ¿Cómo andás en la vida?

Pío: Bien. Gracias.

Gardel: ¿Dónde trabajás?

Pío: En una escuela nocturna.

Gardel: (*De nuevo, palmotea a Pío*) ¡Pestalozzi...! ¡La didáctica! A veces me acuesto, y no hay damas en las cercanías, y pienso... porque, después de todo, ¿para qué sirve el hombre, Miranda? O machea y la colgadura se endurece o piensa y la colgadura se ausenta... y todo lo demás es fantasía. Pienso, digo, en un sentido cartesiano, que hay hombres como vos, y me veo cantando filigranas y yira y yira sin la menor vergüenza. Y me digo: ¿Para qué vives, Gardel, esta vida de burbuja, que te agobia? Pero al final duermo, porque gano cien mil dólares al año, y sé que existen personas como vos, en Paraguay, en Nicaragua y fundamentalmente en la república de El Salvador. De lo contrario, no dormiría, Pío grande, porque... ¿cómo se puede dormir después de entender que existe la república de El Salvador?

Pío: (*Tímido*) ¿Le parece?

Gardel: Rotundamente.

Pío: (*Después de una pausa*) Y... ¿llegó esta mañana, verdad?

Gardel: Un viaje terrible, Pío. Cuando llegue a Medellín, voy a tomarme unas vacaciones. Aunque a veces me asalta un terrible presagio, como dicen en la ópera. (*Pausa*) ¿Canté bien, Pío?

Pío: Lamentablemente, no pude ir al teatro.

Gardel: A veces dudo de mi voz. El gordo Enrico, buenazo como el pan nuestro, estuvo toda una noche hablándome del diafragma, como si el diafragma fuera un sentimiento.

Pío: ¿Quién es Enrico...?

Gardel: (*Disculpándose*) Caruso, perdón. (*Pausa breve*) ¿Por qué no fuiste al teatro?

Pío: Razones.

(*Desde la cocina se escucha una hecatombe de copas y platos rotos*)

Gardel: (*Alzando la voz*) ¡Suerte, Matilde! ¡Aquí estoy, Elvira!

(*Pálidas y temblorosas ingresan al patio de las Ancízar. Elvira y Matilde, seguidas de María Luisa*)

Elvira: *(Después de una larga pausa)* ¡Nunca lo dudé! Y ahora puedo decir, por lo más sagrado de este mundo, que valía la pena haber vivido cincuenta y seis largos años y una traición, hasta esta noche de gloria. Disculpa la humildad de nuestra casa y nuestra torpeza en atenderte. María Luisa, Matilde y yo ensayamos una reverencia en tu honor, porque no es posible recibirte con las buenas noches de cada día.

(Elvira y Matilde exhiben una reverencia que concluye de rodillas en el suelo)

Matilde: *(Se aproxima a Gardel con una espiga)* Y en nombre de esta familia y de mi abuelo, el general Ancízar, héroe de la Guerra de la Independencia, cuyos restos reposan en el Panteón Nacional y son nuestro único orgullo, queremos darte la bienvenida y decirte que hemos visto todas tus películas y escuchado las canciones que estuvieron a nuestro alcance, hasta recordarlas palabra por palabra. Sabemos de tu madre y de tu padre en la lejana Francia y de tus peripecias en el Uruguay. Lamentamos tu infancia desdichada en Buenos Aires. Sentimos, como si fuera nuestro, el dolor de cada personaje que has interpretado. La soledad de *Luces de Buenos Aires*, la incomodidad de *Tango bar*, la tesis de *El día que me quieras* y el asombro de *El tango en Broadway*. Y en nombre de estos recuerdos, nos permitimos ofrecerte esta espiga, símbolo de la fertilidad de nuestro suelo.

Gardel: *(Recibe la espiga y la besa)* Y yo la recibo y la beso y la devuelvo a la tierra y prohíbo que se toque, porque será una manera de permanecer en esta casa. *(Besando a las Ancízar)* María Luisa. Matilde. Elvira.

(Larga pausa)

Pío: *(Sobreponiéndose a la solemnidad del momento)* Creo que es tiempo, María Luisa. El último autobús pasa a las doce y media.

María Luisa: *(Dispuesta)* Sí, Pío.

Gardel: Pero, cómo... ¿se va la dulzura?

María Luisa: *(Maravillada)* ¿Yo?

Pío: *(A Gardel)* Señor Gardel, me alegra que la presentación haya sido positiva.

Gardel: Gracias.

Pío: Su presencia en esta casa es un gesto afortunado propio de un gran artista popular. De cualquier manera, permítame decirle que hemos soportado durante veintisiete años una brutal dictadura, y que las cárceles de este país están llenas de gente decente. *(Inspirado)* Que nuestro pueblo se muere de hambre y de paludismo mientras los jercas del régimen derrochan el dinero a manos llenas. Pero que en todas partes hay un espíritu combativo que en poco tiempo logrará imponerse al recobrar las masas una definitiva conciencia histórica bajo la conducción del glorioso proletariado nacional. Cuando esto ocurra, y ocurrirá, téngalo por seguro, el gobierno popular lo invitará nuevamente a la ciudad de Caracas a un recital gratuito y en la Plaza Bolívar, para que su arte pueda ser escuchado por el pueblo y no por la banda de criminales que mayoritariamente llenó hoy el teatro Principal.

Matilde: Amén.

Gardel: (*Espléndido*) Por favor, cuando ocurra, escríbame a Buenos Aires.

María Luisa: (*Por si acaso*) ¿A qué dirección?

Gardel: Ponga en la carta, simplemente, Carlos Gardel... Buenos Aires... Sus Manos. Sucede que todo el mundo me conoce y mi viejita me guarda la correspondencia.

Pío: Así lo haremos.

Matilde: Tía María Luisa, ¿y no te puedes ir mañana?

Elvira: (*A Matilde*) Déjalos.

Matilde: Pío... ¿no es lo mismo? Si total, han esperado diez años... ¿No es lo mismo? ¡Y quién sabe si mañana llega la carta del señor francés y se van por la puerta grande con arroz y palomita blanca...! ¡Pío, no te la lleves!

Gardel: (*Excusándose*) Puedo esperar en la puerta a Plácido y Lepera. No tardan en venir.

Elvira: ¡Usted en su sitio, grandeza! ¡En el centro de esta casa, donde le corresponde por invitado y por distinto! Después de diez años de amores, mi hermana y su prometido han decidido marcharse esta noche, y el autobús del municipio pasa a las doce y media...

Matilde: (*Desesperada*) ¡Tía María Luisa!

Elvira: ¡Es la ruta de Caracas a Ucrania con una probable parada en el Limbo para el desayuno! Como se verá, el viaje es largo y no hay tiempo para despedirse...

María Luisa: (*Protestando*) ¿Y por qué tienes que tomarlo así?

Elvira: Por nada. Por absolutamente nada.

María Luisa: (*A Gardel*) Entre otras cosas... puse el mantel, ¿no es cierto?

Gardel: Por favor.

María Luisa: (*A Gardel*) Hay un día, ¿verdad? Y tiene que ser ese día... no puede ser mañana... ¿verdad que no puede ser mañana? (*Señala a Pío*) Mírelo. ¿Tengo o no tengo razón?

Pío: María Luisa... ¿qué tiene que ver...?

María Luisa: Yo sé que él lo va a entender. ¿Verdad. Gardel?

Elvira: ¡Claro que lo va a entender! ¿No ven que está aquí todas las noches después de las doce? ¿No ven que se marcha antes del panadero de las cinco y media y el cambio

de agua a los canarios? Puedes contarle tu vida y hablarle en pantuflas. No es nadie. Es Gardel, apenas. Debería darte vergüenza.

Gardel: Permítame. Si el problema es de transporte, yo puedo solucionarlo. Lepera viene enseguida, con el Lincoln de Pimentel y él puede llevarlos adonde sea...

María Luisa: *(Después de una pausa)* Pío...

Pío: *(Mirando a Elvira)* Siendo así...

Gardel: ¡Pero claro que es así, santísimo Pío! ¡Estoy aquí...! ¡He llegado...! ¡Vamos a celebrarlo...!

María Luisa: *(Tímida)* Yo, asustadísima, por no hacerle a usted una descortesía. Pero, figúrese... tendría que contarle mi vida... y... ¿qué importancia puede tener mi vida? Un día... pasa todo junto, y llega usted... Oígame... es un milagro... Yo sé que no hay milagros... pero se parece a un milagro... Mi prometido y yo... *(Corrige)* Mi compañero y yo... mi camarada y yo... *(A Pío)* Se puede hablar, ¿no? Mi camarada y yo... decidimos hacer un viaje, muy largo... ¿Comprende? Si yo le dijera... mire... larguísimo... lo más lejos que usted pueda imaginar en este mundo... Tan lejos, que me apena decirlo... nieve y todo... metros de nieve... nieve así... ¿Usted ha visto la nieve, verdad...? Claro... nos vamos a casar... no aquí, por supuesto... ¿se puede hablar con sinceridad? No aquí... porque... cómo le diría... no estamos de acuerdo... ¿Me comprende? No estamos de acuerdo...

Gardel: *(Papal)* Por favor... estamos en 1935... ¿Qué importa?

María Luisa: *(A Elvira)* ¿Ves? ¿Ves lo que te digo? El entiende. *(A Gardel)* ¿Verdad?

(Entran Plácido Ancízar y Lepera con enormes cestas donde hay licores y magnificencias)

Plácido: *(Canta)* ¡Sentir... que es un soplo la vida!

Lepera: *(Canta)* ¡Que veinte años no es nada...!

Plácido y Lepera: ¡Que febril la mirada!

Plácido: ¡Errante en la sombra te busca y te nombra! ¡Vivir! *(Sin transición)* ¡Yo declaro en el histórico patio de los Ancízar, donde pasó a mejor vida el gran Ezequiel Ancízar, nuestro abuelo, mejor conocido por «El Tigre de San Rafael», que esta es la noche más grande vivida por este humilde servidor...! Y que traigo una melancolía prácticamente filosófica, después de esta memoria del teatro Principal.

Lepera: *(Por las cestas)* ¡Champagne y vino...! ¡Aquí van a tener que abrirle otra fecha a la historia! ¡Cómo cantaste!

(Lepera coloca las cestas en la mesa del patio)

Plácido: ¡Pío! ¿Cómo es posible que no hayas asistido? ¡Yo te tenía reservado un taburete en las bambalinas, para oír esta dialéctica! ¡Pío! ¿Dónde estabas? ¿Qué otra posibilidad tenías para esta noche? ¿Dónde estabas cuando el ciudadano aquí presente, Gardel, Carlos, cantó *Volver*? ¿Explicándole el materialismo a un zapatero? ¡*Volver*, Pío...! ¿Cuándo vas a apagar el farol? ¿Cuándo vas a distraerte? ¿Cuándo vas a dejar esta contrariedad del planeta? (*A Lepera*) ¡Leperita, cumple tu promesa! Calladitos, aquí... ¿Cuántos son? ¿Cuántos somos? (*Inicia una cuenta*) Elvira, la abandonada...

Gardel: (*Curioso*) ¿Quién abandonó a Elvira?

Elvira: (*Displicente*) Estamos hablando del día de la rana peluda en 1902, cuando tú eras un niño, y te llamabas Carlitos Escayola, en Tacuarembó, Valle Edén, Uruguay, después del nacimiento en Toulouse, calle del Cañón de Arcole, número 4, hijo de padre desconocido y de Berta Gardés, planchadora. No le hagas caso.

Plácido: María Luisa, la etérea... (*A Gardel*) María Luisa se va esta noche, con el Redentor, aquí presente, Pío Miranda...

Matilde: (*Fastidiada*) Tío Plácido... ¡ya hablamos de eso...! (*Ríe*) Se van en el Lincoln de Carlos Romualdo...

María Luisa: ¡Matilde!

Plácido: (*Agresivo*) Se van, si este servidor aquí presente concede el permiso, ¡porque a mi hermana, no se la lleva nadie de esta casa sin mi consentimiento!... (*Recapitula*) Elvira, la abandonada... María Luisa, la tráfuga, Matilde, la futura... (*Sentimental*) Cuida ese virgo, Matilde... como si fuera tacita de oro... porque es un virgo Ancízar, y hay un héroe de la independencia por el medio...

Elvira: (*Indignada*) ¡Plácido! ¿Qué palabras son éstas?

Plácido: (*Recapitula*) Elvira, la abandonada, María Luisa la etérea, Matilde, la futura, y mi amigo Miranda... yo no era nadie antes de conocer a Miranda, a este Miranda, yo... Carlos, ¿te puedo llamar Carlos, verdad? Yo... era así... ñinguita... detritus... excrecencia, antes de este mensaje... ¿Es cierto o no es cierto? ¡Qué lo diga aquí, Charles Romuald! ¿Es cierto o no es cierto?

Gardel: (*Divertido*) ¿Qué prometió Lepera?

Plácido: Lepera, prometió...

Lepera: Que ibas a cantar una canción...

Plácido: Que ibas a cantar *El día que me quieras*, dedicado al marxista-leninista, a quien acabo de darle permiso para que se vaya esta noche con mi hermana y tome, como quien dice, el poder...

Gardel: (*Disculpándose*) Más tarde, veremos... ahora estoy cansado...

Elvira: *(Recobrando su autoridad)* Y se acabó... *(A Plácido)* O moderas los tragos que has tomado o te vas a dormir...

Plácido: No he querido ser ofensivo... Pío lo sabe... ¿verdad, Pío?

Pío: No importa. Como verán, no es una noche afortunada... Quiero decir... para mí...

María Luisa: Pío...

Lepera: ¡La casa propone un brindis!

Matilde: *(Eufórica)* ¡Así se habla!

Elvira: *(Con repentina alegría)* ¡Dios mío de mi vida...! ¡Esta noche! *(Enlaza su brazo con el de Gardel)* Colgada aquí... del brazo de la historia... Dios mío... mi memoria... ¿Cómo hago para recordarlo todo dentro de mí? A ver... entraste por esa puerta... y yo estaba en la cocina... Salí... Matilde te entregó la espiga que simboliza la fertilidad de nuestro suelo... Y tú besaste la espiga y la devolviste a la tierra, donde estará hasta el día de mi muerte... porque ese día, con tu permiso, quiero llevármela en el cajón del horizonte... para oler a poquito de esperanza... a olor tuyo... *(Huele a Gardel)*

Gardel: *(Conmovido)* Así eras, Elvira... yo sabía...

Lepera: ¿Quién me ayuda con el *champagne*?

María Luisa: ¡Por favor! *(Y ayudada por Pío, descorcha una botella)*

(Matilde abraza a Elvira y a Gardel)

Matilde: ¿Y a qué huele?

Elvira: *(Inspirada)* A universo... a Rey Mago...

Matilde: Déjame ver... *(Y huele a Gardel hasta comprobar lo del universo y el Rey Mago)*

Lepera: *(Con el corcho)* ¡Salud!

María Luisa: ¡Salud!

Plácido: ¡Una copa nada más, Elvira...!

Elvira: *(Brinda)* ¡Salud...!

Lepera: Si supieran que ese hombre aquí presente... Carlitos... el Morocho del Abasto, tenía esta noche una cita en el palacio de Las Flores, con el dictador de acá... ¿lo conocen, no?, el tal Gómez... y la crema y el petitpois del *tout* Caracás. ¡Y aquí lo tienen tan tranquilo, disfrutando la velada... no mucho tiempo, por supuesto, porque cada amanecer del zorzal cuesta doce mil pesos y no es para andar derrochando...!

María Luisa: Señor Gardel... ¿me permite llamarlo así, verdad?

Gardel: Claro, María Luisa... estamos en el cariño... (*Brinda*) ¡Salud!

María Luisa: Me da una vergüenza horrible. (*Prueba*) Carlos... (*Breve pausa*) Decía pues, que Carlos... me estaba hablando hace un rato...

Elvira: ¡Señor de los Ejércitos! ¡Ya hace un rato...!

María Luisa: (*Sonríe*) Me estaba hablando de...

Gardel: (*Después de una pausa*) ¿De quién...?

María Luisa: De... de... Romain Rolland... (*A Gardel*) ¿Se pronuncia así, verdad?

Gardel: (*Aplaude*) ¡Bravo!

María Luisa: (*Con mayor osadía en la pronunciación*) ...Romain Rolland... me estaba hablando de... Romain Rolland...

Gardel: Así es. (*A Lepera*) ¿Te acuerdas, Lepera, de Romain Rolland?

Lepera: ¿Quién es Romain Rolland?

Gardel: El viejito de los caracoles... el Rolland...

Lepera: ¿Cuál viejito de los caracoles? ¿Aquél, de Amsterdam?

Gardel: No. El de París. El fastidioso. El de Montparnasse y la lluvia. ¡Rolland, por Dios! ¿Cómo no te vas a acordar?

Lepera: (*Recuerda*) ¡Ya sé! ¡Que nos estuvo amargando la noche en aquel alero...! ¡Ya sé! ¿Y qué pasa con él?

Pío: María Luisa.

Gardel: (*A María Luisa*) ¿Qué pasa con él?

María Luisa: Pío, ahora o nunca. Si lo tenemos aquí con nosotros, podríamos pedirle el favor...

Pío: Es que...

María Luisa: Yo sé que no te gusta. Pero, una sola vez...

Elvira: (*Tensa*) ¡Salud, Pío!

Gardel: ¡No faltaba más! ¿Cuál favor...?

María Luisa: Verá... la cuestión es muy simple... Por una casualidad... hace un mes... le escribimos una carta a Romain Rolland... prestigioso escritor... Bueno... ¿Para qué le voy a hablar, si usted comparte los aleros con él...? Le escribimos una carta, en su carácter de... *(A Pío)* Explícate, Pío...

Pío: *(Avergonzado)* ...de... simpatizante, digamos, de la...

María Luisa: ...de la Tercera Internacional... Privadamente, y sin que... salga de esta casa... Pío y yo, pertenecemos a la Tercera Internacional... por la paz y la amistad de los pueblos... proletarios del mundo...

Plácido: *(Después del champagne)* ¡Uníos!

María Luisa: Y pensamos que... podía ser una buena idea...

Elvira: *(De pronto)* No sabes hablar, María Luisa. *(A Gardel)* Discúlpela. *(Explica)* Le escribieron una carta a este caballero Rolland, para que a su vez, el camarada Rolland le transmitiera al caballero Stalin los deseos de mi hermana y su novio de radicarse en Ucrania por los siglos de los siglos. Y el señor Rolland por alguna petulante razón no se ha dignado a responder la misiva, ocasionando una verdadera hecatombe en la paz familiar de los Ancízar...

María Luisa: Y... abusando de su confianza... quería pedirle... en nombre de mi prometido y yo... si fuera usted tan amable de enviarle al señor Rolland una tarjetica, recomendando nuestra petición...

Gardel: Con muchísimo gusto. No faltaba más.

Matilde: ¿Ven como todo se arregla...? *(Abraza a María Luisa)* ¡Yo sabía! ¡Yo sabía!

Plácido: ¿Y quién sabe si Carlos Romualdo le puede escribir al mismo Stalin? ¡Apuesto a que lo conoce!

Gardel: No tengo el honor. Pero, en todo caso, mañana, desde el Majestic, puedo enviarle un telegrama a Rolland...

María Luisa: *(Abrazando a Pío)* ¡Pío...! ¡Ahora sé que es verdad! ¡Ahora sé que nos vamos...!

Matilde: *(Grita)* ¡Vivan los novios...! ¡Vivan los novios...!

Plácido: ¡Pío... en Ucrania... no te olvides de mí...! ¡Habla con ellos! ¡Diles que estoy aquí...! ¡Que... cualquier cosa... me tienen a la orden...!

Lepera: *(Brinda)* ¡Por la alegría de esta pareja...! ¡Salud, Carlos!

Gardel: *(Antes de beber)* Digamos entonces, que es una noche hermosa y que muy pronto debo irme con el retoño de helecho que va a regalarme Elvira... *(Pausa)* Créanme que no sé mucho de mí... Sé de esta noche y de noches como ésta... Abro los ojos y me despierto en Tacuarembó, con hambre y ganas de escapar a Buenos Aires...

Alzo la voz y la voz suena... y el sonido es esta noche... el sonido son ustedes... gente de once... Elvira... el sonido es Elvira... tal vez porque quiere decir algo y no se atreve a decirlo...

Elvira: Que me levanto... y voy a la cocina... contando los mismos pasos... y hago café... y el agua hierve, mientras cambio el agua de los canarios... y pienso en Raimundo Galarraga, el químico de los perfumes... y lo odio, y lo amo... porque se parecía a la gloria de este mundo. Después es nada... como si algo se hubiera callado hasta el mediodía de hoy, cuando entraste por esa puerta... Yo les decía a ellas, que esta noche se aclararía todo por tu propia boca y que sabríamos de tus misterios. Pero el único misterio eres tú... y no quiero conocerlo. Me alegra saber que estás aquí... y nada más. *(Brinda)* Salud.

Gardel: *(Brinda)* ¡Salud!

(Elvira, Matilde, Plácido, Gardel y Lepera, beben)

Matilde: *(A María Luisa y Pío)* ¿Y cómo vas a hacer en Rusia, tía María Luisa...? Cuéntame... Llegas a Rusia, ¿y qué haces...?

María Luisa: *(Extasiada)* No sé... Pío te puede responder...

Matilde: *(A Pío)* ¿Y es verdad que en Rusia todo el mundo es feliz?

Pío: *(Huraño)* Digamos que es distinto...

Plácido: *(Interviene)* Absolutamente distinto. Clara y contundentemente distinto. En primer lugar, hay primavera, otoño, invierno y verano... y todo es de todos... Tú vas por la calle, ¿verdad, Pío?, y se te antoja... qué sé yo... queso... chuleta, capricho... y entras en el mercado, de lo más formal... y pides: dame, dame, dame... ¿Y por qué te voy a dar? Porque soy un hombre y pertenezco al género humano... y tengo hambre... Toma, toma, toma... ¿No es así, Pío? Me lo aprendí de memoria... palabra que me lo aprendí de memoria... Anda, Pío... pregunta... para que todos lo oigan...

Pío: No es el momento, Plácido...

Plácido: *(Insiste)* Pregunta, Pío... María Luisa también lo sabe... ¿No es verdad, María Luisa?

María Luisa: ¿Qué?

Plácido: *(A Gardel)* Morocho... ven acá... escucha... Pío pregunta... y yo respondo. Y María Luisa, también...

Gardel: ¿Un juego?

Plácido: Un juego... A ver... ¿Qué notamos al examinar la sociedad actual?... Pío, pregunta... ¿Qué notamos...?

Pío: *(Inquieto)* No...

María Luisa: Anda Pío... pregunta... Tú primero y nosotros después. ¿Qué notamos al examinar...

Pío: (*Abrumado*) ...la sociedad actual?

Plácido: Respuesta...

María Luisa y Plácido: ...una profunda desigualdad entre los hombres...

Gardel: ¡Extraordinario!

Lepera: (*Aplaude*) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo...!

Pío: (*Suicida*) ¿Cómo se manifiesta esta desigualdad...?

María Luisa y Plácido: Por la existencia de dos tipos de hombres... el proletario y el burgués...

Gardel: (*Aplaude*) ¡Grande! ¡Enorme!

Lepera: ¡Así se habla!

Pío: ¿Quién es el proletario?

María Luisa y Plácido: El pobre. El que no posee nada.

Gardel: (*Entusiasmado*) ¡Bien dicho!

Lepera: (*Grita*) ¿Y qué más?

Pío: ¿Quién es el burgués?

Lepera: ¡Ajá!

María Luisa y Plácido: (*Después de una breve pausa*) El rico, el que lo posee todo...

Gardel: ¡Increíble!

Lepera: ¡Perfecto!

Pío: ¿Qué es el proletariado?

María Luisa y Plácido: El conjunto de todos los proletarios...

Pío: ¿Qué es la burguesía?

María Luisa y Plácido: El conjunto de todos los burgueses...

Pío: ¿Está la sociedad actual bien constituida?

Lepera: ¿Ajá? ¿Ajá? ¿Ajá?

María Luisa y Plácido: No. Porque existen dos clases sociales: el proletariado y la burguesía...

Gardel: ¡Luminoso! ¡Exacto! ¡Cronométrico!

Lepera: ¿Ajá? ¿Ajá? ¿Ajá?

Pío: ¿Están en armonía el proletariado y la burguesía?

Matilde, Lepera: ¿Ajá? ¿Ajá? ¿Ajá?

María Luisa y Plácido: (*Gran final*) No. La burguesía combate el proletariado. Y el proletariado combate la burguesía. Están en una continua lucha. La lucha... de... ¡clases...!

(*Todos aplauden, con la excepción de Elvira y Pío Miranda*)

Pío: Está bien, señores... se acabó... vayan a vislumbrar a sus madres... ¡se acabó! Tengo diez años aquí... con el almuerzo al mediodía... Todo esto empieza... porque... digamos... veo un perro, así, con los huesos marcados... un costillar de perro... y me digo: coño... el perro con los huesos... como si la respuesta fuera mía... Excúsenme... no es verdad... no es mía... No es mi culpa... no me cabe el país... No tengo por qué responder... (*Desesperado*) Soy un príncipe... un boyardo sangrante... Excúsenme... no sé... maldito sea... no sé... no fui yo... me lavo las manos.... (*A María Luisa*) No hay nada en Ucrania. No sé dónde queda Ucrania. No hay Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. No hay Kamenev ni Zinoviev... no sé pronunciarlos. No hay Trotsky... ¡No hay Alliluyeva! ¡No hay Stalin! ¡No hay ventanal de la zarina, ni Bujarín doliente! ¡No hay Lenin! ¡No hay nada...!

María Luisa: (*Grita*) ¡Pío!

Pío: Pregúntale a Elvira. Ella sabe. Ella es la única que sabe... Yo debo explicarle a un perro el porqué de su costillar... Yo... estoy mal... yo... me voy... y nunca más volveré a esta casa... No me esperes... ¡No hay nada! ¡No pasa nada! Mentí... ¡esa es la palabra esperada, la palabra profética! ¡Mentí! ¡No hay Romain Rolland! ¡Nunca le escribí a Romain Rolland...! ¡Me importa un coño Romain Rolland, y la paz y la amistad de los pueblos... ¡Se terminó! ¡No hay regreso! ¡se terminó...! Gracias por el almuerzo... el perro me espera... y debo explicar por qué va a amanecer mañana... Adiós. Perdón. Adiós.

(*Pío, sale, precipitadamente. Larga pausa. María Luisa se sienta en el sofá*)

Gardel: Lepera. Ya es tiempo. Mañana hay que seguir el viaje...

Lepera: Así es.

Gardel: Buenas noches, Elvira. Buenas noches, Matilde. Lo mejor de este mundo, camarada María Luisa.

Matilde: *(Tras una pausa)* ¿Y El día que me quieras ?

Lepera: *(A Gardel)* No sé. Tal vez el zorzal...

Matilde: ¿Qué...?

Lepera: ...no pueda.

Matilde: *(Agobiada)* ¿Y si cerráramos los ojos? Porque va a ser horrible verte marchar. Nos quedamos aquí. Tú cantas El día que me quieras... y te vas.

Plácido: Y uno se lo cuenta entonces a la gente. Uno dice: él estuvo aquí, y cantó.

Elvira: ¿Y quién te va a creer?

Plácido: No importa. Uno mismo se cree. *(Murmura)* Hazlo, morocho. No te vayas sin cantar.

Matilde: De verdad. Por favor. Para que uno se quede con una palabra.

(Gardel canta El día que me quieras)

Gardel: «Acaricia mi ensueño, el suave murmullo de tu suspirar...»

Plácido: *(En repentino éxtasis)* Ah, bueno...

Gardel: «Como ríe la vida si tus ojos negros me quieren mirar...»

Elvira: Bendito seas por este regalo.

Gardel: «Y si es mío el amparo de tu risa leve que es como un cantar... Ella aquietta mi herida, todo, todo, se olvida... El día que me quieras la rosa que engalana... se vestirá de fiesta con su mejor color, y al viento las campanas dirán que ya eres mía y locas las fontanas se contarán su amor... La noche que me quieras, desde el azul del cielo... las estrellas celosas nos mirarán pasar... y un rayo misterioso hará nido en tu pelo... luciérnaga curiosa que verá que eres mi consuelo...»

Matilde, Plácido: *(Recitativo)* «El día que me quieras... no habrá más que armonía... será clara la aurora y alegre el manantial traerá quieta la brisa rumor de melodía, y nos darán las fuentes su canto de cristal... El día que me quieras, endulzará sus cuerdas el pájaro cantor... florecerá la vida... no existirá el dolor...»

Gardel: «La noche que me quieras, desde el azul del cielo... las estrellas celosas nos mirarán pasar... y un rayo misterioso...»

Elvira: ¡Alabado rayo misterioso!

Gardel: «...hará nido en tu pelo, luciérnaga curiosa que verá que eres mi consuelo.»

(Salen Gardel y Lepera. Larga pausa)

Elvira: Habrá que dormir... ¿verdad, María Luisa?

María Luisa: Plácido... cierra la puerta...

Plácido: Sí.

(Plácido sale)

Elvira: Fue... un bello regalo, ¿no es cierto?

Matilde: Su voz, intacta. ¡Dios mío!... ¿Cómo se puede ser tan grande?

María Luisa: ¿Habrá café, verdad? Digo... para mañana...

Elvira: Yo compré.

(Entra Plácido)

Plácido: *(Musita apenas)* «Y si es mío el amparo de tu risa leve»...

Elvira: ¿Qué hora es Plácido?

Plácido: Doce y media. Fue una visita corta...

Matilde: Buenas noches, Plácido. Buenas noches, tía María Luisa. Bendición, Elvira.

Elvira: Dios te bendiga.

Matilde: *(A María Luisa)* Mañana...

María Luisa: ¿Qué?

Matilde: Digo... será distinto... ¿no es verdad?

María Luisa: Sí.

Elvira: *(A Matilde)* Cambia las sábanas. Hoy es día de cambiar las sábanas.

Matilde: ¿No es mañana?

Elvira: No. Es hoy.

Matilde: *(Antes de salir)* ¿Nadie nos va a quitar esto, verdad? Pienso... que menos que nunca se podrá vender la casa... ¿Cómo se va a vender, después de esta noche?

Elvira: Así es.

(Sale Matilde)

Elvira: Plácido... guarda las botellas... que nadie las toque... Mañana se lavan y se dejan aquí de adorno, para que la gente pregunte y uno conteste...

Plácido: Se van a quedar con la boca abierta... *(Toma las botellas y la cesta)* Buenas noches, Elvira. Buenas noches, María Luisa.

(Plácido sale. Larga pausa)

Elvira: Dejó su maleta. Tal vez venga mañana.

María Luisa: Tal vez.

Elvira: Ha pasado. Después, amanece, y las cosas son diferentes.

María Luisa: *(Breve pausa)* ¿Te importaría hacer café?

Elvira: *(Solícita)* Por favor.

María Luisa: No muy fuerte. Después no duermo.

Elvira: Voy.

(Elvira sale en dirección a la cocina. Larga pausa. María Luisa se levanta, y camina hacia la maleta de Pío. Se inclina y abre la maleta. Rebusca entre camisas remendadas y pantalones precarios. Y encuentra, envuelta en papel de seda, una bandera roja con hoz y martillo. Gran pausa. María Luisa coloca la bandera como un adorno en el respaldar del sofá viejísimo. Un tiempo y Elvira regresa de la cocina. Mira en silencio a su hermana)

María Luisa: Quiero que se quede aquí. Hasta mañana. Por lo menos, hasta mañana.

Elvira: *(Pausa)* Es tu casa, María Luisa. Tú dispones.



FIN